PQ
6357
.A3
W685

BYU
LIB

HAROLD B. LEE LIBRARY
BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
PROVO, UTAH

SEP 0 4 1990

PQ
6357
.A3
W685

MARTHA K. DE TRINKER

310

Las Mujeres en el Don Quijote de Cervantes Comparadas con las Mujeres en los Dramas de Shakespeare

P60
T182

MEXICO, D. F.
1938

11412

Registrado conforme
a la Ley.

HAROLD B. LEE LIBRARY
BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
PROVO, UTAH

INTRODUCCION

¡CERVANTES y Shakespeare!, dos nombres resonantes en la literatura mundial, de tal tamaño, que nunca podrán ser superados, y sólo nombres como Homero, Dante, Goethe, los pueden igualar.

Pero estos dos genios tienen más afinidad que cualquiera de los otros. Representan la misma época, el apogeo no solamente de su literatura nacional, sino de un desarrollo espiritual que sacudió toda la Europa intelectual: el Renacimiento.

La Edad Media con sus restricciones dogmáticas estaba vencida. Un aire fresco sopló de la gloriosa Italia, despertando los sentidos, para que percibiesen por fin lo bello de la naturaleza; y la mente, adormecida por siglos de escolástica y dogmatismo, se abrió a todos los problemas de la vida.

La vida, tan menospreciada en la danza de la muerte de la Edad Media; la hermosa vida, en toda su complejidad, su pena y su alegría, este es el tema inagotable de las inmortales obras de Cervantes y de Shakespeare. Aquella exuberancia de la vida, tan ardiente después de tan larga represión, se demuestra en cada página de sus obras. El español y el inglés aman la vida con la misma profundidad, y aman también al representante más complejo de la vida: al hombre.

Todo les interesa en el ser humano: lo bueno y lo malo, lo hermoso y lo feo, lo problemático y lo sencillo, lo trágico y lo cómico; todo lo miran con humorismo, ese cariño y entendimiento

que nacen del propio sufrimiento vencido por la sonrisa en medio de las lágrimas.

Nacidos el uno en 1547, y el otro en 1564, los dos autores murieron en el mismo año y hasta en el mismo día: el 23 de abril de 1616. Los diez y siete años más, que tenía Cervantes, significan únicamente mayor camino recorrido; pues la vida de Shakespeare se había cumplido antes de la hora de su muerte, igualmente que la vida de Cervantes. Los dos genios habían vivido una vida tan rica, tan llena de todo lo que un corazón humano puede soportar, que estaban cansados y deseosos de reposo. Don Quijote regresa a su casa, arrancando todas sus ilusiones, esperando el fin con la misma serenidad que encontramos en Próspero, por cuya boca Shakespeare se despide del mundo. "La vida es un sueño", nos dice, y "nosotros estamos hechos de la misma substancia de que se hacen los sueños, y nuestra corta vida está rondada por el sueño".

Shakespeare y Cervantes representan el espíritu de la época, en que han crecido del pueblo mismo, y el movimiento intelectual de su tiempo. Ambos recibieron una educación muy limitada, con "poco latín y menos griego", algo que sus rivales les reprochaban frecuentemente. Sus conocimientos de los libros clásicos y de los italianos contemporáneos resultaban más bien de su inagotable avidez para leer todo lo que podían encontrar. Pero su maestra principal era la vida misma.

●

Sabemos muy poco de la vida de Shakespeare, pues los datos precisos son escasos. De Cervantes no se sabe mucho más, excepto del período de su cautiverio que él mismo y unos testigos han pintado, y lo que aportan unas cuantas notas autobiográficas en el "Viaje del Parnaso". Pero al atento lector se revela la vida de los autores tan completamente en sus obras, que la más perfecta biografía no pudiera representarlos mejor.

Estudiando las obras de Shakespeare cronológicamente, encontramos no sólo su desarrollo y perfeccionamiento literario, sino también su desarrollo espiritual como individuo.

A los diez y ocho años Shakespeare ya era un hombre casado,

y con una mujer ocho años mayor que él. La juventud descuidada ya se había acabado; se habían acabado también los alegres tiempos en la aldea de Stratford y en los encantadores bosques, tiempos que como una dulce memoria reaparecen siempre en sus comedias. Unos pocos años de estudio en la escuela pública de su pueblo habían sido interrumpidos bien pronto por las dificultades económicas de su padre, que obligó al muchacho a trabajar en los negocios paternales: ya sea de labrador o de guantero, como comerciante de lanas y de borregos, o aun de carnicero, según dicen los rumores. La verdad es, probablemente, que hizo de todo un poco; pues en aquel tiempo un burgués acomodado de un pequeño pueblo tal como Stratford-Avon, atendía personalmente todos sus negocios, y el joven William era el ayudante de su padre. Pero el prematuro casamiento, que hizo de Shakespeare un padre de familia a los 21 años —edad en que Cervantes todavía era estudiante—, encadenó su espíritu de tal modo que por fin no pudo soportarlo y se escapó del seno familiar, yéndose a Londres para probar fortuna.

El nombre de Cervantes salió por primera vez a la publicidad cuando tenía 21 años de edad, en ocasión de los funerales de la reina Isabel de Valois, esposa de Felipe II. Era todavía estudiante —el "muy caro y amado discípulo" del maestro López de Hoyos— cuando tomó parte en el certamen literario con respecto a la muerte de la reina. Y en el mismo año salió para conocer el mundo y la vida. Los diez y siete años que tenía más que Shakespeare, los perdió en el largo cautiverio de Argel, y más tarde en los larguísimos años que pasó caminando por las vastas llanuras de la Mancha, como recaudador de impuestos. Toda su vida estuvo lidiando con la pobreza y la miseria. El día glorioso de Lepanto fué el mejor de su existencia, y el recuerdo de aquella victoriosa batalla, siempre presente en forma de mano inutilizada, le era más caro que ninguna posesión terrenal. La adversidad le fué fiel como su propia sombra; las horas de felicidad extremadamente cortas y escasas; larguísimos, en cambio, los años de tristeza y desventura.

Con todo y eso, el goce del vivir, la alegría de ser, nunca dejó de sentirlos en el alma. Y la obra que lo hizo inmortal y lo colocó

entre los más grandes poetas que aclama la humanidad, el "Don Quijote", representa en cada página el claro, risueño y generoso concepto que tenía Cervantes de la vida.

Hubo bastante adversidad en la vida de Shakespeare también. Pues cuando llegó a Londres, pobre, desconocido, con el inquieto y aun indefinido anhelo de su genio en el pecho, tuvo que luchar contra la más amarga miseria, antes de ganar entrada en el teatro. Pero una vez establecido en su elemento, la subida fué milagrosa, y ocho años después de su llegada a Londres, su fama comenzó a inquietar a los más célebres dramaturgos contemporáneos.

Tenemos aquí la principal diferencia entre la vida de Shakespeare y la de Cervantes: aquél encontró su medio al primer intento, mientras que éste vagó por diferentes campos literarios antes de encontrar por fin, ya cincuentón, su propio estilo en el que creó al ingenioso Hidalgo. El medio que utilizó Shakespeare, además, estaba de boga en Inglaterra tanto como en España, y escribir para el teatro era el único medio literario lucrativo. Así Shakespeare pronto salió de sus dificultades económicas, proveyendo bien a su familia, y aun comprando casas y terrenos en su pueblo natal. Las obras de Cervantes, al contrario, no le rendían casi nada de ganancia monetaria, y aun su obra maestra, el "Don Quijote", a pesar del gran aplauso con que fué recibida no solamente en España, sino bien pronto en los países extranjeros también, no resultó para el autor un éxito pecuniario; tuvo que seguir luchando para mantenerse hasta el fin.

El cúmulo de todas las dificultades materiales, sin embargo, son cosas que no pueden influir en los grandes espíritus. A Cervantes nunca lo abandonó su serenidad; tampoco a Shakespeare, quien, a pesar de su mejor estado económico, tuvo que pasar por la misma amarga experiencia de desengaño y hasta, por una temporada amarguísima, el decaimiento completo de su fe en el género humano. Pero ambos genios salieron victoriosos del abismo de tales experiencias: sus generosas almas lograron perfeccionarse en la comprensión de todo lo que es humano, y llegaron a amar al hombre tal como es. Lo bello y lo admirable, lo digno y lo alegre, lo retrataron con exuberancia y entusiasmo; lo difícil y lo problemático lo trataron con una profundidad digna de los más grandes fi-

lósofos; pero a todo lo que era feo y bajo le quitaron la amargura con su glorioso humorismo.

— Dice Francisco Navarro y Ledesma en su "Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra", hablando de la muerte de Don Quijote: "A este íntimo arrancamiento de todo nuestro sér que la muerte de Don Quijote nos causa, no ha llegado ningún otro escritor conocido. Calla Dante, Goethe se esconde avergonzado en su clásico egoísmo. Sólo Shakespeare puede mirar con ojos serenos esta gloria superior a las demás humanas, porque sólo él, como Cervantes, supo convertir una lágrima en sonrisa y una sonrisa en carcajada, y al final, trocar la carcajada en sonrisa y hacer que la sonrisa vuelva a ser sollozo". —

Es un estudio sumamente interesante, comparar a Hamlet con Don Quijote, hijos inmortales de los dos sublimes genios. Pues Hamlet es Shakespeare, así como Don Quijote es Cervantes, en todas sus complejidades.

Volviendo del estudio de las obras del dramaturgo inglés hacia la lectura del Quijote, se tropieza en cada página con ideas similares. Hijos de la misma clase social, o sea la clase media, sus deficiencias de educación fueron recompensadas por una curiosidad insaciable, que les hizo devorar cuanto libro caía en sus manos; y por un genio observador verdaderamente asombroso, que les permitía vislumbrar cosas ocultas para los hombres ordinarios.

Así se comprende cómo en sus obras encontramos reflejado el vasto pensamiento de su época. Eso tienen en común Shakespeare y Cervantes con otro gran contemporáneo suyo: Montaigne, cuyos ensayos son una colección excelente de todas las ideas que interesaban y estimulaban a los intelectuales del Renacimiento. Pero en lo que aquéllos superan muchísimo al ensayista francés, es en la genial interpretación, no solamente de las ideas, sino de la vida misma de esa época, en todos sus aspectos.

En las obras de ambos autores encontramos aquel dualismo característico del Renacimiento: la exuberante alegría del vivir, mezclada con una extraña melancolía, que nos hace pensar involuntariamente en el claroscuro de las pinturas maestras de aquella época, las de Rembrandt y de Velázquez.

¿Cuál es la causa de esta melancolía? Es la consecuencia de

la insaciable curiosidad del hombre renacentista, que no le deja contentarse con el dogmatismo de la Edad Media, sino lo obliga a investigar más allá, y se encuentra bien pronto con problemas insolubles. Montaigne habla de este conflicto, diciendo que "la curiosidad y la vanagloria son el azote de nuestra alma; la primera nos impulsa a meter las narices por todas partes, y la segunda nos impide dejar nada irresuelto e indeciso".

Pero ni en los Santos Padres ni en los filósofos antiguos encuentran solución sus innumerables problemas. Al contrario: los libros clásicos, que estudia con tanta avidez, le enseñan a dudar hasta de lo más nimio.

Hamlet, el estudiante de filosofía en la Universidad de Wittemberg, sabe muy bien que nuestra razón no basta para resolverlo todo: "There are morethings in heaven and earth, Horacio, than are dreamt of in your philosophy". (Hay más cosas en el cielo y en la tierra, de las que se pueden imaginar en tu filosofía), dice él. Los libros no nos pueden ayudar a encontrar la verdad. ¿Qué sabemos nosotros? Por un momento creemos entender una cosa, para luego caer en otras dudas todavía más profundas. Y ya no sabemos qué es falso y qué es verdad.

El "Don Quijote" representa en su héroe mismo este problema central que tanto inquietaba a los hombres del Renacimiento. Pues ¿podemos nosotros decir si es loco, o si es el más sabio de todos? La relatividad de nuestro juicio se queda en el fondo de toda la obra. En el incidente del yelmo de Mambrino, Cervantes parece ridiculizar este problema, solamente para dejarnos al fin en la misma perplejidad que al cura y al oidor, preguntándonos: ¿qué es verdad: lo que percibimos con nuestros sentidos, o lo que nos comunica nuestro entendimiento? Sancho, la personificación de los crudos sentidos, quiere reirse de la locura de su amo. Pero Don Quijote, con sublime tranquilidad y paciencia, sigue explicándole su razón: "...Y así eso que a ti te parece bacía de barbero, me parece a mí el yelmo de Mambrino, y a otro le parecerá otra cosa". De manera que el buen Sancho mismo comienza a dudar de sus sentidos y se queda, hasta el fin de la novela, como un péndulo, vacilando entre la realidad y la alucinación. Aun cuando llega a saber que la legendaria Dulcinea es en realidad una "Moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho", a la que él conoce muy

bien, y cuando todo su sentido común se rebela contra la locura de su amo, la inalterable seguridad y convicción de éste, vence todas las dudas de Sancho:

Dice Don Quijote: "Y así bástame a mí pensar y creer que la buena Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta;... y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo... Yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falta nada".

Así habla la sublime locura —¿o bien la sabiduría?— ¿qué sabemos nosotros? Y a Sancho, representante de la razón vulgar, no le queda más que admitir su error: "Digo, que en todo tiene vuestra merced razón, y que soy un asno".

●

Shakespeare y Cervantes son los dos caballeros andantes, cuyo objeto es la razón y la verdad suprema. El buen católico Don Quijote está guiado por su inalterable fe; el protestante Hamlet tiene que soportar la pesada responsabilidad de sus propias acciones.

Tenemos aquí la diferencia fundamental en la filosofía de los dos autores; dos diferentes mundos espirituales de enorme importancia en aquella época: la contrarreforma en España, sosteniendo incólume la fe suprema, y el protestantismo de los países nórdicos, representado por el hombre faústico, escéptico, que, junto con la libertad de conciencia, lleva toda la responsabilidad de sus hechos.

Shakespeare se preocupaba profundamente con este problema, y sus inmortales tragedias son el producto de esta obsesión. Todas las pasiones humanas se representan en estas tragedias, todo el embrollo que pueden causar; pero la idea fundamental es siempre el desarrollo lógico de la causa y sus consecuencias.

●

Una de las más poderosas figuras del mundo dramático, no solamente sakesperiano sino de toda la literatura mundial, es LADY MACBETH. Es uno de los caracteres más fuertes que jamás haya imaginado autor alguno.

En ella encontramos una terrible personificación de diabólicas pasiones y poderes ilimitados; pero la conciencia es más fuerte que

todas las pasiones y poderes. La tragedia de su vida es, que su conciencia no despierta sino hasta después del crimen.

Hay dos motivos dominantes en su vida: su ambición, y el amor por su marido, pasiones inseparablemente unidas. Ella ama y admira a su esposo, y está convencida de que él, quien es de sangre real y de valor indomable, debía ocupar el trono en lugar de su primo Duncan. Macbeth también es ambicioso. Desea poseer la corona, pero no tiene el valor de cometer un crimen por esto. Lady Macbeth comparte la confianza de su marido en sus más secretos deseos y sus planes más atrevidos. La ambición de él se ha transformado de tal manera en suya, que cuando él duda, es ella quien lo impulsa. Sabe muy bien que él temerá en el momento decisivo, y se convierte en verdadero monstruo cuando le persuade, con fría crueldad, a matar a su primo en la misma noche que éste duerme confiadamente bajo su techo.

Con un toque maestro Shakespeare la hace, sin embargo, aparecer débil aun en el momento más sórdido: es cuando su corazón femenino la traiciona al momento de entrar, con la daga en su mano, en la recámara del rey. La víctima se parece a su padre en el sueño, y ella no puede cometer el crimen.

Cuando su marido entra con la daga ensangrentada, ella se domina y aparentemente está tranquila. Ya lo atormenta a él su vivaz imaginación: "Me pareció oír una voz que gritaba: ¡No dormirás más! ¡Macbeth ha asesinado al sueño! ¡Glamis ha asesinado el sueño, y por tanto, Cawdor no dormirá más!"

Esta maldición terrible que arruinará la felicidad y los nervios de los dos, y que, finalmente, acabará con ellos, hace estremecerse también a Lady Macbeth. Pero todavía refrena los nervios, creyendo que "un poco de agua nos lavará de esta acción".

Muy pronto, sin embargo, se tendrá que convencer que el crimen no se borra tan fácilmente. Macbeth, perseguido por su conciencia, es poseído de miedo y mata a un hombre tras otro, sospechando siempre traición. Ya no consulta a su esposa, parece haberla olvidado enteramente dentro de sus grandes preocupaciones. En su presencia ella siempre demuestra confianza, tratando en balde de inspirarlo con su propia fuerza. Y cuando él, por su rara conducta, atrae la sospecha de los cortesanos, con gran sutileza

ella logra distraerlos. Cuando está sola, sin embargo, Lady Macbeth da libre curso a sus negros pensamientos: "Nada se gana; al contrario, todo se pierde cuando nuestro deseo se realiza sin satisfacernos. ¡Vale más ser la víctima, que vivir con el crimen en una alegría preñada de inquietud!"

Son reyes los dos y tienen todo el poder codiciado. Pero no pueden dormir; los remordimientos los tienen despiertos, y el miedo induce al rey a nuevos crímenes, alejándole más y más de su mujer; pues ella ya no quiere ver más sangre. El remordimiento agregado a la convicción de la futilidad de su crimen, va minando el dominio de sí misma. En la escena en que ella habla dormida, una de las obras maestras de todo el arte dramático, todos sus sentidos sobreexcitados, todos los pensamientos que pesan sobre ella finalmente, salen de su cerebro torturado. El conocimiento de las intenciones homicidas de su marido la enloquece. Le había parecido tan fácil lavar la sangre de sus manos. Hela aquí nuevamente. Esto la atormenta, pues por más que se lave las manos, la sangre no desaparece. De esta manera vive en un purgatorio constante desde el momento preciso de aquel crimen, que ella con su poderosa voluntad preparó y cometió. Por el amor de su esposo lo hizo, pero el remordimiento ha acabado con todos los demás sentimientos. Aun el lastimoso fin de su cómplice deja al rey inconmovido, preocupado como está por sus propias cuitas. Ella ya había dejado de existir para él desde el momento del terrible hecho, que ella con toda su voluntad y su sutileza preparó para hacerlo feliz.

El autor no condena a Lady Macbeth. La comprende demasiado bien. El compadece a la infeliz mujer cuyas pasiones la han cegado y arruinado, y quien en consecuencia, tiene que vivir en el infierno de sus propios sentimientos. Shakespeare perdona porque entiende. Su gran corazón siente aún el sufrimiento de los criminales, pues todos son hombres al fin. Sólo tiene una melancólica reflexión sobre la vanidad de la vida. ¿Por qué tenemos que pasar por la tempestad de nuestras pasiones? ¿Por qué sufrir y hacer sufrir a otros? ¿Qué se gana, al fin? La vida es tan corta; antes de que se dé uno cuenta ya se ha evaporado, y viene el fin, la inexorable muerte:

"—El mañana, y el mañana, y el mañana avanzan a pequeños pasos, de día en día, hasta la última sílaba del tiempo recordable;

y todos nuestros ayeres han alumbrado a los locos el camino hacia el polvo de la muerte. ¡Extínguete, extínguete, fugaz antorcha! ¡La vida no es más que una sombra que pasa, un pobre cómico que se pavonea y agita; una hora sobre la escena, y después no se le oye más; un cuento narrado por un idiota, con gran aparato y que nada significa".

El hecho de que Shakespeare compadezca a Lady Macbeth, sin embargo, no disculpa su crimen, por el cual ella tiene que sufrir las consecuencias: Ella ha matado, y muere, loca de remordimientos, por su propia mano. Pues es un ser formado de razón y de alma, y por eso tiene la completa responsabilidad de sus actos.

Igual que Lady Macbeth, todas las mujeres en sus otros dramas viven bajo esta ley, pareja para todo ser, pues Shakespeare no conoce distinción alguna entre los sexos. Hombres o mujeres, todos son para él seres humanos que representan la vida con toda su alegría y todo su dolor, y que viven bajo una ley inexorable, que exige cuenta de sus acciones así como de sus pensamientos, y que se cumple sin remedio.

Así Porcia, la fiel esposa de Bruto, tiene que morir por haber tomado parte en la conspiración que él planeó para matar a César. Regania y Gonerila son bestias y son destruídas como tales. Emilia paga con su muerte por mano de su villano esposo la facilidad con que se prestó para ser su instrumento. Ofelia, Cordelia y Desdémona son víctimas de pasiones o intrigas ajenas que las destruyen como una tempestad destruye a las inocentes flores. Cleopatra es un brillante retrato de aquella reina fabulosa, y al mismo tiempo representa todas las cualidades tan peligrosas como encantadoras en la mujer, que siempre han atormentado al hombre, y que a Shakespeare mismo hicieron sufrir inefablemente, como lo vemos en sus sonetos. En efecto, él no hubiera podido crear tal carácter, si no lo hubiera conocido íntimamente. En la creación de Cleopatra, Shakespeare se libra de los tormentos que le causó su amor apasionado por la dama obscura.

Pero no solamente Cleopatra, sino casi todas las mujeres en los dramas de Shakespeare, demuestran su profundo conocimiento del alma femenil. En sus primeras obras todavía no las comprende bien. Su casamiento a los diez y ocho años de edad con una mujer

mucho más grande y probablemente celosa y algo regañona, no le había dejado muy buena impresión sobre las mujeres en general, como lo vemos en los caracteres de Tamora, Margarita, Adriana y Catarina. Pero una vez en Londres, y establecido en el teatro, llegó a conocer a las más bellas y más adorables mujeres. Julieta es la personificación del perfecto amor juvenil. La psicología de su temeroso corazón en el momento de tomar la pócima narcótica, ya da muestra de la maravillosa intuición del autor.

Las lindas y risueñas figuras de sus comedias también son psicológicamente bien dibujadas, a pesar de no tener ningún desarrollo dramático. Pero las mujeres espléndidas de sus tragedias indican a cuál perfección llegó el entendimiento del autor. Y la escena en que Lady Macbeth habla dormida, asombra, hasta hoy mismo, a los grandes psicólogos por su maravillosa representación de un espíritu al punto de perder su equilibrio, y por el profundo conocimiento de la causa, pues, lo que los psicoanalíticos apenas han descubierto en este siglo, Shakespeare lo sabía hace más de trescientos años.

Sólo las mujeres de sus últimos dramas son algo alejadas de la realidad. Están admirablemente dibujadas, son hermosas, virtuosas, y cada una estrictamente individual. Pero les falta la sangre roja, que tan fuertemente corre por las venas de todas las otras mujeres de Shakespeare. Son demasiado buenas; les faltan las cualidades negativas que las hacen reales, que dan el efecto clarobscuro de la vida real. En una palabra: ya no son retratos sino ilusiones. Y la ilusión más etérea de ellas es Miranda, la personificación de la pureza y de la inocencia.

●

Cervantes, a pesar de vivir en la misma época que Shakespeare y a pesar de leer los mismos libros, y de estar influído por las mismas corrientes filosóficas, no puede crear caracteres femeninos como los de Shakespeare, por dos razones:

Primero, porque su fe católica pasa con serenidad sobre los problemas que han de causar titánicos conflictos en el pensador protestante, y que le hacen escribir sus poderosas tragedias. La maravillosa fe guía al buen católico por encima de los abismos del

sufrimiento moral que la libertad de conciencia y la propia responsabilidad pueden causar. Por esta razón no encontramos tragedias entre los innumerables dramas de Lope de Vega, ni caracteres dramáticos desarrollados con la fuerza shakesperiana en las obras de Cervantes.

Segundo, Porque para poder dar un perfecto retrato del carácter femenino, Shakespeare tenía que llegar a conocer íntimamente a la mujer. Y tuvo la suerte de conocer a bellas y amables muchachas de su misma clase social, como también a las hermosas damas de la corte, cuya inteligencia y alta educación admiró profundamente. Cervantes no tuvo esa suerte. La miseria redujo su trato de mujeres a las de su familia, y a las muchas mesoneras y venteras, que podía ampliamente estudiar en sus viajes. Su tardío casamiento completó el grupo de mujeres retratadas con excelente realismo en sus obras. Pero el anhelo del artista por la perfección representada por la hermosura física y espiritual, nunca se realizó.

Esto explica los dos grupos distintos entre las mujeres cervantinas: las realistas, magníficamente retratadas de la vida; y las soñadas, las bellas ilusiones, nacidas de su deseo. Entre estas últimas hay una grande variación y modulación, semejante a las hermosas figuras de las comedias de Shakespeare, que comparan muy bien con sus hermanas españolas. También las mujeres realistas hacen presente a semejantes caracteres ingleses; pues ambos autores los tratan con la misma risueña generosidad, con el mismo entendimiento, y con el mismo humorismo.

La mujer, empero, que es tan característica de la ideología de Cervantes, como Lady Macbeth lo es para Shakespeare, es Dulcinea, la ilusión abstracta, la personificación de la fe. Pero para comprender bien su significación hay que retornar al origen de esta maravillosa creación.

DULCINEA

Limpias, pues, sus armas, hecho el morrión celada, puesto nombre a su rocín, y confirmándose a sí mismo, se dió a entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores "era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma".

"Y fué, a lo que se cree, que en un lugar, cerca del suyo, había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni se dió cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta le pareció bien darle título de señora de sus pensamientos; y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarle DULCINEA DEL TOBOSO, porque era natural del Toboso: nombre a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto".

Así Dulcinea vino al mundo: engendrada por el afán a los libros de caballería, y concebida por el profundo amor platónico que el tímido Alfonso Quijano el Bueno sentía por una guapa labradora.

La emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea, es, sin duda, una parodia de la sin par Oriana, señora del gran Amadis de Gaula. Y no sólo de Oriana, sino de todas las damas idealizadas en todos los libros de caballería, tan en boga entre toda gente que sabía leer, no solamente en España, sino en la Europa entera.

Originada en la Edad Media, la novela caballeresca había llegado de Francia a Alemania, produciendo un florecimiento de pre-

ciosas obras al principio del siglo XIII. Al mismo tiempo aparecieron en España los primeros libros de caballerías, teniendo, igual que los de Francia y de Alemania, héroes y aventuras del mismo ciclo arturiano. Diferente de las epopeyas, estas historias no fueron transmitidas oralmente, y así se explica que sólo después de la invención de la imprenta, cuando los libros llegaron al alcance de todos, haya comenzado la verdadera popularidad de estos libros. No tanto en los otros países como en España, de donde más tarde, las novelas caballerescas se difundieron por todos los países europeos.

La época feudal ya había pasado a la historia cuando su glorioso representante, el caballero andante, conquistó por segunda vez el mundo: un mundo más vasto que la primera vez, el mundo de la imaginación. Personas de todas clases y culturas holgaron de las disparatadas historias, y la mayoría de ellas tomaban por pura verdad las increíbles aventuras con encantadores y enanos, gigantes y dragones.

La diferencia fundamental entre la epopeya heroica y la novela caballeresca, sin embargo, consistía no tanto en que la primera trataba de hazañas históricas y la segunda de aventuras imaginarias, sino en el hecho de que en la novela caballeresca el héroe salía solamente para sostener aventuras en honor de su dama. Inspirado por un amor más bien místico que mundano, el mero pensamiento de su señora le daba valor superhumano, lo hacía invencible, el terror de todos los malhechores, y el amparo de los débiles e infortunados. El desdén de la dama de su corazón, por el otro lado, estropeaba todas las fuerzas de su caballero, precipitándole en profunda melancolía, hasta que, aclarado el error, el favor de su dama lo hacía resucitarse de nuevo para sostener nuevas hazañas heroicas en su honor, y al fin quedar reunido con ella.

Tan esencial como el caballero mismo, por lo tanto, era su dama. Algo similar al amor místico por la Virgen, que había inspirado a los Cruzados, y que volvió a aparecer bajo otra forma en la poesía lírica de los trovadores.

Don Quijote, por esta razón, ambicioso de revivir la gloriosa época de los caballeros andantes, forzosamente debía tener una dama para inspirarle; pues ¡caballero andante sin amores, era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma!

Pero Cervantes no iba a escribir nuevo libro caballeresco, sino una parodia de ello, y así nos presentó a Dulcinea no como hija de reyes sino como plebeya labradora, aunque "moza de buen parecer". El realismo viene a deshacer el loco idealismo, pero el genio del autor le da un sentido sumamente humano al amor convencional.

El original de la sin par Dulcinea es el nunca alcanzado anhelo del amoroso hidalgo, quien en el curso de doce años había idealizado su amor hasta llegar a identificarlo con el amor caballeresco de los héroes de su lectura.

Al principio sigue muy estrechamente al modelo satirizado. Saliendo por la primera vez, oímos a Don Quijote diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: "¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plugaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece".

Según las reglas caballerescas ruega a su señora acorrerle, antes de entrar en batalla. Y a los mercaderes toledanos desafía con estas palabras: "Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiese que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso". Y cuando, no por falta de valor, sino por la caída de Rocinante, está vencido y apaleado, recorren sus pensamientos algún pasaje de sus libros, y con debilitado aliento dice: ¿Donde estás, señora, mía, — que no te duele mi mal? — O no lo sabes, señora, — ó eres falsa y desleal".

Todos los gigantes y caballeros vencidos, todos los desamparados librados tienen que ir al Toboso para dar a Dulcinea prueba de las hazañas de su héroe, aunque él mismo no está seguro, "si la dulce su enemiga gusta o no de que el mundo sepa que él la sirve".

El retrato que el valeroso hidalgo nos da de su dama es hecho con intencionada exageración, aunque tenga solamente una satírica alusión al lugar de su nacimiento:

"Su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso un lugar de la

Mancha, su calidad por lo menos ha de ser de princesa, pues es reina y señora mía, su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas; que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos de cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sola la discreta consideración puede encarecerlas y no compararlas".

Esta descripción de Dulcinea no es solamente una imitación de la siempre sobrehumana hermosura de la dama caballeresca, sino también conforme al gusto literario de las novelas pastoriles. Cervantes mismo dice que "La Diana" de Jorge de Montemayor le ha influído. En el cuarto capítulo de la primera parte dice Don Quijote al labrador, que le ha recogido en el camino y le lleva a su casa: "Sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Narváez, que esta hermosa Jarifa que he dicho, es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los más famosos hechos de caballería que se han visto, vean ni verán en el mundo".

Hablando del linaje de su reina, Don Quijote francamente admite, que, diferente a las damas de los libros caballerescos, Dulcinea no es hija de reyes, ni es de una de las familias más antiguas e ilustres de España; "pero es de los de Toboso de la Mancha, linaje, aunque moderno, tal que puede dar generoso principio a las más ilustres familias de los venideros siglos".

Es sátira ésto, no solamente de la dama caballeresca, sino también del natural orgullo español; pues cada pobre hidalgo se creía igual al más alto caballero. Pero lo que el caballero de la Triste Figura con suma soberbia proclamó de su dama, tenía que cumplirse en el curso de la historia. Pues la sin par Dulcinea en realidad ha dado principio a la más ilustre familia de todas las dulcineas que existen en el mundo literario y en los corazones de los idealistas.

En el capítulo veinticinco de la primera parte, el retrato ideal de Dulcinea recibe otro ataque de la burlona realidad, cuando Don Quijote dice a Sancho que "Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en

toda su vida ha visto letra ni carta mía, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse a más que a un honesto mirar, y aun ésto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad, que en doce años que ha que la quiero más que a la lumbre destos ojos que han de comer tierra, no la he visto cuatro veces; y aún podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba (tal es el recato y encerramiento con que sus padres Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonzo Nogales la han criado)".

Al oír este nombre, el buen Sancho nos da una descripción tan realista de la verdadera Aldonza, que el contraste con la idealizada Dulcinea nos hace reír lágrimas:

"Bien la conozco, dijo Sancho, y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzado zagal de todo el pueblo: vive el dador, que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba de lodo a cualquier caballero andante y por andar que la tuviera por persona. ¡Oh, hideputa, qué rejo que tiene y qué voz! Sé decir que se puso un día encima del campanario del aldea a llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí más de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre: y lo mejor que tiene es, que es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana; con todos se burla, y de todo hace mueca y donaire".

Sancho, en consecuencia, queda desilusionado de su señora Dulcinea y ya no quiere servirla. Pero su amo, con tranquila superioridad le convence de la falsedad de su opinión:

"¿Piensas tú que las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron?, no por cierto, sino que las más se fingen por dar sujeto a sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo; y así bástame a mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y en lo de linaje importa poco, que no han de ir a hacer la información dél para darle algún hábito, y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo; ... yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada".

Aquí se vé claramente la evolución de Dulcinea; ya no es una persona concreta, sino una idea, un ideal. Y a éste su ideal, Don Quijote atribuye toda su suerte y todas sus hazañas, como dice en el capítulo XXX de la primera parte: "es el valor de Dulcinea, tomando a mi brazo por instrumento de sus hazañas. Ella pelea en mí, y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser".

Otra vez el autor contrasta la alta idealización de Don Quijote con la baja imaginación del vulgar Sancho, cuando éste regresa de su supuesta entrevista con Dulcinea. El amoroso caballero quiere saber todo:

"A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de canutillo para este su cautivo caballero".

"No la hallé sino aechando dos fanegas de trigo en un corral de su casa".

"¿Qué te preguntó de mí? ¿y tú qué le respondiste?"

"Ella no me preguntó nada; más yo le dije de la manera que vuesa merced por su servicio quedaba..."

"Pero no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto a ella, no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno..., como si estuvieran en la tienda de algún curioso guantero?"

"Lo que sé decir es que sentí en olorcillo algo hombruno..."

Naturalmente este pasaje fué escrito para producir la risa. Pero combinado con la alegría sentimos una tristeza inexplicable. Es el desengaño de ver un alto ideal atacado por el vulgo, puesto en ridículo. Sin embargo, la fe de Don Quijote vence también este obstáculo, y no habiendo recibido ningún recado de su señora Dulcinea, se conforma con la idea de que ella "es tan recatada que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que él ni otro por él los descubra".

Sancho, en verdad, no había visto a Dulcinea en toda su vida. De manera que su descripción realista de ella tiene mucho menos valor que el retrato que nos da su amo. En el alma de Don Quijote su dama vive realmente, mientras que Sancho miente mali-

ciosamente, hasta que por otra vez la gran fe de su amo le hace a él también creer en la existencia de Dulcinea.

Así como el carácter de Don Quijote se desarrolla en el curso de la historia y su alma crece con los sufrimientos, Dulcinea también crece con él. La novela nunca deja de ser una sátira de la novela caballeresca, pero el genio del autor crea al mismo tiempo una obra de profunda humanidad, con todo su complejo sentido de alegría y tristeza, risa y lágrimas, contento y sufrimiento, con toda su bajeza y toda su gloria y hermosura, con su leve materialismo y su bello idealismo. Al lado de Don Quijote y Sancho Panza pasamos por todo esto, pero la estrella que los guía es el bello idealismo, es Dulcinea.

La segunda parte del "Don Quijote" tiene un sentido más espiritualizado que la primera. El caballero sale lleno de entusiasmo. Antes de sostener más aventuras quiere ir al Toboso para ver a su dama y recibir su bendición. El grosero engaño de Sancho no puede hacerle perder su fe en ella, ni entibiar el amor que le profesa, aunque la vea convertida en figura de fea y baja labradora. El caballero de la Triste Figura se tiene por el más desdichado de los hombres, pero persiste en su amor espiritual, a pesar del desengaño. El prefiere creer todo lo que el bellacuelo Sancho le dice de encantadores que no le permiten ver la hermosura de su reina.

Desde entonces una profunda tristeza desciende sobre el valiente hidalgo, pero el pensamiento de Dulcinea es más sagrado para él, que nunca.

Cuando los duques le ruegan darles una descripción de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, Don Quijote contesta: "Si yo pudiera sacar mi corazón, y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza aquí sobre esta mesa y en un plato, quitara el trabajo a mi lengua de decir lo que apenas se puede pensar, porque vuestra excelencia la viera en él toda retratada..."

El tiene que admitir, sin embargo, que la desgracia que le había sucedido, le hubiera borrado la clara impresión de la hermosura de su dama, pues: "halléla encantada y convertida de princesa en labradora, de hermosa en fea, de ángel en diablo, de olorosa en pestífera, de bien hablada en rústica, de reposada en brincadora,

de luz en tinieblas, y finalmente, de Dulcinea de Toboso en una villana de Sayago".

Pero cuando la duquesa pone en duda la existencia de Dulcinea, proponiendo que "esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso", Don Quijote se pone inmediatamente en defensa de su ideal:

"En eso hay mucho que decir", respondió Don Quijote, "Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo, o si es fantástica o no es fantástica, y éstas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré ni parí a mi señora, puesto que la contemplo, como conviene que sea, una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y finalmente alta por linaje, a causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con más grados de perfección que en las hermosas humildemente nacidas".

Aquí, entonces, tenemos a la verdadera Dulcinea: que sea fantástica o no lo sea, esto importa poco. Pero su existencia no se puede negar. Vive en el corazón de Don Quijote, y es más real para él que ninguna otra mujer. El la contempla y la ve perfecta. Todas las otras mujeres en el mundo, por bellas y buenas que sean, no pueden compararse con la dama de su corazón, con su ideal. Este su ideal "tiene un jirón más que la puede llevar a ser reina de corona y cetro: que el merecimiento de una mujer hermosa y virtuosa a hacer mayores milagros se extiende, y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas".

La mujer hermosa y virtuosa, entonces, es el ideal que Cervantes profesa por la boca de Don Quijote. La mujer en toda su perfección, que nunca ha logrado ver cara a cara. Al contrario: cuando él creía estar ya en su presencia, se cambió en una zafia aldeana, fea y pestífera. Y con todo y eso no pierde su fe, sino cree firmemente en la existencia de su Dulcinea.

Ante tal fe imperturbable, la duquesa, hablando por todos los que al principio querían burlarse del ingenioso Hidalgo, tiene que

admitir: "que yo desde aquí adelante creeré y haré creer a todos... que hay Dulcinea en el Toboso, y que vive hoy día, y es hermosa y principalmente nacida, y merecedora que un tal caballero como es el señor Don Quijote la sirva, que es lo más que puedo ni sé encarecer".

A pesar de todas las mentiras de Sancho, y de todas las burlas en la casa de los duques con respecto al encantamiento de Dulcinea y a la fe que él le guarda a ella, y que la más bella y joven doncella no le puede hacer violar, Don Quijote nunca vacila.

"¡Que tengo de ser tan desdichado andante", exclama él, "que no ha de haber doncella que me mire, que de mí no se enamore! ¡Que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dejar a solas gozar de la incomparable firmeza mía!

La fama de Don Quijote se ha divulgado por toda España, pero según las lindas pastoras de la fingida nueva Arcadia, su mayor fama viene de su firmeza que tiene por Dulcinea: "... y sobre todo dicen dél que es el más firme y más leal enamorado que se sabe, y que su dama es una tal Dulcinea del Toboso, a quien en toda España le dan la palma de la hermosura".

En consecuencia, la ira de Don Quijote (o sea de Cervantes), no conoce límite, cuando por casualidad oye en la venta a unos señores refiriéndose a la falsa Segunda Parte: "Lo que a mí en esto más me desplace, es que pinta a Don Quijote, ya desenamorado de Dulcinea del Toboso". Lleno de coraje y de despecho, el Caballero de la Triste Figura alzó la voz y dijo: "¿Quien quiera que dijere que Don Quijote de la Mancha la ha olvidado ni puede olvidar a Dulcinea del Toboso yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad, porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en Don Quijote puede caber olvido: su blasón es la firmeza, y su profesión el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna".

La imagen de su ideal le eleva sus tristes pensamientos y le renueva sus fuerzas cada día de tal manera que no sienta ni la amargura del desengaño, ni la pesadumbre de la pobreza, ni los golpes, ni la risa maliciosa, ni el hambre ni el frío. Su mundo ya

no está en la bajeza de esta tierra, sino en las altas regiones de los pensamientos, y en este su mundo Dulcinea es la reina.

Cuando el caballero de la Blanca Luna le ha vencido y le exige que admita que su dama es más hermosa que Dulcinea, Don Quijote prefiere morir antes de cometer tal blasfemia, y así "molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo: "Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: ¡aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra!"

Se pone en camino a su pueblo el vencido caballero, pero tiene su corazón traspasado por el dolor del vencimiento y por la ausencia de Dulcinea. El cobarde Sancho no quiere hacer nada para desencantar a su señora. Así, para librarla, Don Quijote finalmente ofrece a su escudero pagarle por el azote, diciéndole que ponga el precio que le convenga. Entonces el codicioso Sancho se pone a calcular y llega a la suma de ochocientos veinticinco reales, y con astucia y engaño cumple por fin con su promesa.

Con todo y esò, Don Quijote no llega a ver a su Dulcinea, y cuando al entrar al pueblo, por casualidad oye a un muchacho diciendo: "no te canses, Periquillo, que no la has de ver en todos los días de tu vida", Don Quijote le dice a Sancho: "¿No ves tú que aplicando aquella palabra a mi intención, quiere significar que no tengo de ver más a Dulcinea?" Siempre, siempre está Dulcinea presente en sus pensamientos, aunque cada vez que él cree haberla alcanzado, se aleja más que nunca; solamente para aparecerle todavía más digna de su anhelo.

Apenas se le acaba su sueño de caballería cuando ya su viva imaginación se abre nuevo campo para sus pensamientos. Pues "tenía pensado de hacerse aquel año pastor, y entretenerse en la soledad de los campos, donde a rienda suelta podría dar vado a sus amorosos pensamientos, ejercitándose en el pastoril y virtuoso ejercicio;" y "puesto que yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida, pues está ahí la sin par Dulcinea del Toboso, gloria destas riberas, adorno destos prados, sustento de la hermosura,

nata de los donaires, y finalmente, sujeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza, por hipérbole que sea".

Así vemos, que en el curso de la historia Dulcinea ha sufrido muchas transformaciones: de la moza labradora Aldonza Lorenzo se cambió en la dama de caballería, la emperatriz de la Mancha. Los envidiosos encantadores —o sea el bellacuelo Sancho— (¡él mismo no sabe finalmente, quién realmente lo hizo!) la volvieron en zafia aldeana, brincadora y de vulgar hablar. Así Don Quijote la vió en la cueva de Montesinos, y la encontró en tan grande aprieto que se vió obligado a prestarle los pocos reales que tenía en su bolsa. Para él sin embargo, ella guardaba siempre el trono en su corazón. Y cuando ya no era caballero andante, su dama se transformó en gentil pastora, invitando a su leal amante a seguirla a un más feliz mundo de ensueño.

A la hora de su muerte Don Quijote despierta de su sueño caballeresco y afirma que ya no es Don Quijote "sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno". Se declara enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje. Pero nada dice de su Dulcinea. Y cuando Sansón quiere inferir que ya tienen nuevas de que la señora Dulcinea está desencantada, Don Quijote solamente le suplica dejar burlas aparte, que no se ha de burlar el hombre con el alma.

Sancho sabe muy bien que no es su mala fortuna como caballero andante lo que mata a Don Quijote, sino el anhelo por Dulcinea que lo consume, y así trata de persuadir a su querido amo de no "dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. "Mire", le suplica, "no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado; quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora Doña Dulcinea, desencantada, que no hay más que ver".

Don Quijote, empero, ya no quiere buscar a su ideal en este mundo, "pues, ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño". Una profunda melancolía ha descendido sobre él y ha corrido las cortinas enfrente del resplandeciente retrato de Dulcinea.

En su libro "Don Quijote, Don Juan y la Celestina", el señor Ramiro de Maeztu dice lo siguiente: (p. 47) "No son absolutamen-

te esenciales ni en el Quijote ni en el Hamlet los episodios amorosos. El Quijote y Hamlet serían aun lo que son sin Dulcinea y sin Ofelia".

¿Es verdad lo que dice el señor Maeztu acerca de Dulcinea y de Ofelia? ¿Tienen realmente un papel tan inferior las heroínas de estas dos inmortales obras? ¡No son absolutamente esenciales los episodios amorosos ni en el Quijote ni en el Hamlet! Perfectamente bien. Y el drama shakesperiano puede imaginarse completo, aunque no perfecto, sin la trágica figura de Ofelia, pues ninguna de las obras de Shakespeare está tan completamente dominada por un solo carácter como "Hamlet", y la tímida y desdichada Ofelia, más bien una víctima del amor que una heroína, solamente refleja una de las facetas mínimas del complejo espiritual del príncipe danés. Ofelia es como una dulce melodía en la siniestra sinfonía pasional, una tímida voz prometiendo paz y tranquilidad; sólo para ser ahogada en medio de la intriga y la corrupción de la corte. Su muerte trágica no cambia nada en la vida de Hamlet. El ya había acabado con ella desde antes, ya había perdido su fe en ella.

¡Cuán diferente es la importancia de Dulcinea! El Quijote también está absolutamente dominado por un solo carácter, y los episodios amorosos son muy secundarios. Pero Dulcinea significa mucho más que una mujer amada.

Dulcinea es símbolo del amor puro, y símbolo de la fe. Ella representa el mayor ideal que atraiga al hombre con el poderoso imán del amor puro, espiritual, platónico y desinteresado. El amor a este ideal se convierte, en el desarrollo de la historia, en una inalterable fe que presta fuerzas sobrehumanas a nuestro héroe. La única vez que esta fe no lo sostiene, en el combate con el caballero de la Blanca Luna, se acaba la vida de Don Quijote, pero no su ideal.

¿Cómo, entonces, podemos imaginar a Don Quijote sin la sin par Dulcinea? ¿Quién le prestaría fuerza a sus brazos y valor a su ánimo? ¿Qué le hubiera sucedido en las numerosas tentaciones amorosas? ¡No! sin su Dulcinea, Don Quijote no sería lo que es; sería un hombre como cualquier otro. Pues es su sublime fe la que lo guía y lo hace único. Es su Dulcinea quien lo inmortaliza.

AMA Y SOBRINA

Dulcinea es el alma y la vida de Don Quijote; pues en ella vive y respira, y cuando pierde la esperanza de jamás verla, se muere de melancolía. Ella es la más real mujer para él, pues todas las demás pasan frente a sus ojos como sombras: las trata con cortesía y admira su belleza, pero no dejan ninguna impresión en él.

En la vida real y material, sin embargo, y para completar la amarga sátira, las mujeres con quienes tiene que tratar, son de muy diferente carácter.

"Tenía en su casa una ama que no pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte".

Muy pocas palabras son las que Cervantes dedica a estas dos mujeres, pero el retrato que nos da es perfecto: Son sin duda tomadas de la vida. Mujeres sanas y absolutamente sin imaginación, buenas y sencillas, muy prácticas, muy trabajadoras, religiosas y un poco supersticiosas. Para ellas existe solamente un mundo: el pequeño mundo al alcance de sus percepciones limitadas, y ¡basta! Los únicos libros que existen para ellas son el devocionario y "La Perfecta Casada". Los únicos conocimientos intelectuales que valen para ellas son los de un cura:

"¡Válgame Dios!" dijo la sobrina, que sepa vuesa merced tanto, señor tío, que si fuese menester en una necesidad podría subir en un púlpito e irse a predicar por esas calles..."

Pero el ardiente anhelo del alma, y el atrevido vuelo de la imaginación, están enteramente fuera de su entendimiento. Los libros de caballería son para ellas cosas detestables:

"Encomendados sean a Satanás y a Barrabás tales libros", exclama el ama, "que así han echado a perder el más delicado entendimiento que había en toda la Mancha". Y la sobrina continúa:

"Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé a vuestras mercedes (cura y barbero) de los disparates de mi señor tío, para que lo remediaran antes de llegar a lo que ha llegado, y quemaran todos esto descomulgados libros, (que tiene muchos), que bien merecen ser abrasados como si fuese de herejes".

Junto al odio que tienen por los libros, demuestran un profundo cariño por el pobre Hidalgo. Después de su primera salida, cuando Don Quijote yace, débil y agotado, en su lecho, la bonachona sobrina trata de disuadir a su tío de nuevas aventuras:

"¿No será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo a buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por la lana y vuelven trasquilados?" dice ella con mucho sentido común.

Y Don Quijote sabe, que sólo bajo la protección de la silenciosa noche puede escapar de la cuidadosa vigilancia de las buenas mujeres. Después de su segundo regreso dice el ama, "que para haberle de volver algún tanto en sí, gasté más de seiscientos huevos como lo sabe Dios y todo el mundo, y mis gallinas, que no me dejarán mentir". Aun cuando regresa la tercera y última vez, ellas dejan todos sus quehaceres y acuden a curarlo: "y las buenas hijas —que lo eran sin duda— ama y sobrina, lo llevaron a la cama, donde le dieron de comer y regalaron lo posible".

Sin embargo, es solamente al cuerpo al que pueden cuidar. Para el espíritu no tienen ningún entendimiento. Cuando Don Quijote olvida este hecho y se deja llevar por sus pensamientos en presencia de su sobrina, causa gran sorpresa:

"¡Ay, desdichada de mí!", dijo la sobrina, "que también mi señor es poeta; todo lo sabe, todo lo alcanza: yo apostaré que si quisiera ser albañil, que supiera fabricar una casa como una jaula".

Es una gran impertinencia, no obstante, cuando esta "rapaza que apenas sabe menear doce palillos de randas", se atreve a comparar la sabiduría de su tío con su locura: "y que con todo esto dé en una ceguera tan grande y una sandez tan conocida, que se

dé a entender que es valiente siendo viejo, que tiene fuerzas siendo enfermo, y que endereza tuertos estando por la edad agobiado, y sobre todo, que es caballero no lo siendo, porque aunque lo pueden ser los hidalgos, no lo son los pobres".

Aun cuando el cura, el barbero y el bachiller comprenden que para salvar la vida de Don Quijote es menester mantener sus ilusiones, y de buena gana asienten a su plan pastoral, las dos mujeres no comprenden nada; pues "quiso la suerte que su sobrina y el ama oyeron las pláticas de los tres; y así como se fueron, se entraron entrambas con Don Quijote, y la sobrina le dijo:

"¿Qué es esto, señor tío, ahora que pensábamos nosotras que vuesa merced volvía a reducirse en su casa, y pasar en ella una vida quieta y honrada, se quiere meter en nuevos laberintos haciéndose pastorcillo tú que vienes, pastorcico tú que vas; pues es verdad que está ya duro el alcacer para zampoñas".

A lo que añadió el ama: "¿Y podrá vuesa merced pasar en el campo las siestas en el verano, los serenos del invierno y el aullido de los lobos? No por cierto, que este es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para tal ministerio casi desde las fajas y mantillas: aun mal por mal, mejor es ser caballero andante que pastor. Mire, señor, tome mi consejo, que no se lo doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estése en su casa, atienda a su hacienda, confiese a menudo, favorezca a los pobres, y sobre mi ánima si mal le fuere".

A todo lo cual Don Quijote solamente puede contestar: "Callad, hijas, que yo sé bien lo que me cumple".

La indiscreta sobrina se atreve a regañar a su tío, mientras la más razonable ama se preocupa inmediatamente del bienestar de su amo, y le aconseja con su propia experiencia y con lo que ella piensa es el apropiado modo de vivir para un cincuentón: "Estése en su casa, atienda a su hacienda, confiese a menudo, favorezca a los pobres". Este es el sumamente sencillo plan de vida de aquella buena mujer.

"Callad, hijas, que yo sé bien lo que me cumple", es todo lo que Don Quijote contesta a esta volubilidad de las dos mujeres. En

otra ocasión las llama cariñosamente "¡bobas mías!" Pues, ¿qué saben ellas, pobrecitas, de un mundo espiritual, de un anhelo sobrehumano? Son buenas mujeres y no es culpa de ellas que no pueden seguir el alto vuelo de la fantasía de Don Quijote.

Es por esta comprensión de su carácter prosaico y limitado, que el moribundo hidalgo en su testamento incluye la siguiente condición: "Item mando toda mi hacienda a puerta cerrada a Antonia Quijano, mi sobrina, que está presente, ... Item es mi voluntad que si Antonia Quijano mi sobrina quisiere casarse, se case con hombre que no sabe qué cosa sean libros de caballerías; y en caso que se averiguare que lo sabe, y con todo eso mi sobrina quisiere casarse con él y se casare, pierde todo lo que le he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pías a su voluntad".

Así tiene la felicidad de su sobrina asegurada y puede dejarla tranquilamente, sabiendo bien, que por consideraciones prácticas esta rapaza nunca se abandonaría a ilusiones amorosas que no estuvieran firmemente fundadas en la realidad.

Cada oveja con su pareja", dice Teresa, y lo dice Sancho, y muchas otras personas razonables. Además, la sobrina no tiene ninguna ilusión por un poeta.

¿No es este testamento quizá un testigo de la amarga experiencia de Cervantes? El se casó a los treinta y siete años de edad con una muchacha "que no llegaba a los veinte", doña Catalina de Palacios Salazar Vozmedianos, cuya madre (¡el ama!) tenía una pequeña hacienda en Esquivias. Se sabe muy poco acerca de este matrimonio; pero parece seguro que la familia de su mujer tenía en poca estimación al poeta. Además, Cervantes salió de Esquivias poco tiempo después de su casamiento, para dedicarse a una vida peregrina por más de quince años, durante cuya época trataba en balde hallar una manera de asegurar su existencia. La cruel realidad de la vida no tenía sino más pobreza para el poeta, y muchas veces hasta miseria.

Catalina, probablemente, era una mujer práctica y prosaica, que no tenía ningún entendimiento por las aspiraciones literarias y el gusto intelectual de su marido; cosas que le impidieron ser un agudo hombre de negocios. Cervantes, aunque sufrió mucho bajo esta falta de entendimiento, finalmente llegó a ver que también

su mujer debía de haber sufrido, y que seguramente ella hubiera estado mucho más contenta con un marido de su propia inclinación.

Don Quijote, por esta razón, pone esta condición en el testamento, de que su sobrina perderá todo si se casa con un hombre que tiene afán por los libros caballerescos. Pues, tal vez le pasaría a Antonia Quijano lo que le pasó a Catalina: que se enamorara de un idealista, un intelectual, quien por perseguir lo ideal perdería la facultad de proveer lo material, y resultaría un matrimonio tan infeliz como el de Cervantes. Don Quijote, ya cuerdo, conoce a su sobrina: Una cláusula testamentaria la protegerá de un tal desastre.

•

Para comparar el ama y la sobrina del Quijote con mujeres de Shakespeare tenemos que considerar, en primer lugar, "La Comedia de las Equivocaciones".

Adriana, —la colérica y regañona mujer, que con sus celos y su hervoroso temperamento hace el hogar insoportable para su esposo—, refleja, según unos críticos, la propia experiencia del autor; aunque el carácter mismo es tomado, como todos los demás, de "las Menécmas" de Plauto. Pero la Adriana de Plauto es un carácter despreciable y ridículo; Shakespeare le da un toque más humano por el verdadero amor que, en el fondo de su alma, tiene ella por su esposo; y por la esperanza de su mejoramiento, con que la comedia concluye. Lo que con Plauto es duro y ridículo, se transforma bajo el genio de Shakespeare en humano y humorístico. Pues él, como Cervantes, ve hasta el fondo del corazón humano, y dice como Don Quijote: —"¡Pobres bobas!" Sabe que no son malas, pero que sí son tontas.

Con respecto a sus virtudes domésticas, el ama y la sobrina se pueden comparar con "Las Alegres Comadres de Windsor", que también son sencillas, prácticas y hacendosas, pero son más imaginativas y alegres. Igual que sus hermanas españolas, nos dan idea de la vida que llevaba una mujer de la clase media en aquella época. En este respecto, sin embargo, se ve una grande diferencia entre la vida de una mujer inglesa y la de una española. La inglesa del siglo XVI ya gozaba de mucha más libertad que la española.

Salía de su casa cuando quería, y era más bien la compañera y confiada de su esposo, que un tesoro, cuidadosamente guardado.

Esta idea de la libertad e igualidad de la mujer, sin embargo, se desarrolla en los dramas de Shakespeare poco a poco. En sus primeras comedias el autor inglés también tiene como ideal femenino, además de la hermosura, a la dulce y completamente sumisa mujer, representada en la gentil Luciana de "Las Comedias de las Equivocaciones". Más tarde prefiere, junto con la hermosura, el ardiente espíritu y el carácter fuerte; mientras que Cervantes, hasta el fin, tiene como el nunca alcanzado ideal la primera concepción de Shakespeare. Lo trágico en la vida de Cervantes es que él, además de nunca gozar del dulce amor de tal mujer, en el curso de sus peregrinaciones casi siempre debía topar con el contrario de su ideal, al igual que su inmortal héroe, Don Quijote.

LAS RAMERAS

Dejando atrás en su casa al ama y a la sobrina, con el pensamiento de su dama en el corazón, Don Quijote se puso en camino de su gloria. Pero las primeras personas con que topó fueron "dos mujeres mozas, destas que llaman del partido".

Ellas estaban acaso a la puerta de la venta. "Don Quijote vió a las dos distraídas mozas que allí estaban, que a él le parecían dos hermosas doncellas o dos graciosas damas que delante de la puerta del castillo se estaban solazando".

Cortésmente el caballero las saludó, más "como ellas se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesión, no pudieron tener la risa".

La sublime locura de Don Quijote está confrontada con la ridícula realidad; las groseras mozas del partido se ríen de la pureza del caballero andante. He aquí un ejemplo del finísimo humor cervantino, la tristeza en medio de la risa, con que topamos a cada paso. Es tan inimitable y al mismo tiempo tan natural esta burla amarga, que solamente la encontramos en Shakespeare. No es una maestría del artista, este magnífico humor; es el raro genio de Cervantes, es el más grande artista de todos: la Vida misma, que se demuestra en estas sencillas palabras.

¡Lo sublime y lo ridículo! así lo vemos con Shakespeare en Romeo y Julieta, en el momento de profundo dolor, cuando el conde París y los padres descubren a Julieta muerta; mientras que abajo se desarrolla la escena cómica de los músicos, quienes, viéndose defraudados, se indemnizan con groseros chistes y con la esperanza de encontrar la cocina, por lo menos, llena de buenas cosas.

Lo vemos en muchas otras ocasiones más: Julieta y su ama; Desdémona y Emilia; Hamlet y el sepulturero; Macbeth y el portero; el Rey Lear y el Bufón, y otros más. El contraste de lo sublime con lo ridículo tal como lo encontramos en Shakespeare y en Cervantes, es esencialmente realista, es lo que ocurre todos los días en la vida. Pero algo que solamente unos cuantos genios han logrado representar sin exagerarlo en lo grotesco.

¡El caballero andante y las dos rameras que él tiene por hermosas doncellas! Ellas se ríen con razón de esta comparación, pero no son malas mujeres, con todo y eso. El flaco hidalgo les parece algo ridículo. Sin embargo, cuando lo ven tan desmañado en quitarse su armadura, acuden inmediatamente, de manera que Don Quijote exclama, muy contento:

"Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Don Quijote
Cuando de su aldea vino;
Doncellas curaban dél,
Princesas de su rocino".

"Las mozas, que no estaban hechas a oír semejantes retóricas, no respondían palabra; sólo le preguntaron si quería comer alguna cosa". Estas palabras demuestran un profundo conocimiento de la naturaleza de aquellas pobres mujeres: Son amorales, pero tienen buen corazón. No entienden las poéticas palabras del caballero, pero ven que está cansado y agotado, y su instinto materno acude a su abandono.

"Hay todo un misterio de la más sencilla ternura en este rasgo que Cervantes nos ha trasmitido", dice Unamuno en su "Vida de Don Quijote y Sancho Panza". El se entusiasma de la ternura maternal expresada en estas palabras de las mozas, y continúa: "Ellas, la Tolosa y la Molinera, le dieron de comer; ellas le ciñeron espada y le calzaron espuela, mostrándose con él serviciales y humildes. Humilladas de continuo en su fatal profesión, penetradas de su propia miseria y sin siquiera el orgullo hediondo de la degradación, fueron adoncelladas por Don Quijote y elevadas por él a la dignidad de doñas. Fué el primer entuerto del mundo ende-

rezado por nuestro Caballero, y como todos los demás que enderezó, torcido queda".

Los caracteres de la Tolosa y de la Molinera, aunque ligeramente trazados, son sumamente realistas. Ellas le ciñeron la espada y le calzaron espuela, y lo hicieron "con mucha desenvoltura y discreción, porque no fué menester poca para no reventar de risa a cada punto de las cermonías; pero las proezas que ya habían visto del novel caballero, les tenía la risa a raya".

Así vemos a las dos mozas fáciles, amables y, aunque no miedosas, con prudencia cuidándose de ser desventajadas. Ellas forman parte indispensable del retrato realista de la España de su época, que Cervantes nos ha dado en su obra, pero es el gran corazón bondadoso del autor el que se revela en la finura del humor.

MARITORNES

Maritornes, la ventera y su hija, son otras tres mujeres retratadas de la vida que Cervantes llegó a conocer durante los largos años cuando viajaba a través de España en el servicio del rey. Por cerca de veinte años el poeta tenía que contentarse con las primitivas acomodaciones de las ventas que encontraba en su camino, y muchas veces debe haber pasado la noche en un camaranchón tal como el que describe en la aventura de Don Quijote con Maritornes.

Las mujeres realistas que nos pinta en su obra, son todas de la clase humilde. Este es un hecho significativo, pues nos indica más claramente que ninguna biografía, la miseria en que vivió Cervantes durante toda su vida: siempre se movió entre gente pobre; nunca tuvo la suerte de Shakespeare, a quien la fama le abrió las puertas de la más alta sociedad, y quien así llegó a conocer íntimamente a las hermosas damas de la corte. Los caracteres femeninos de Shakespeare, igual que los de Cervantes, son casi todos tomados de fuentes ajenas. Pero con su profundo entendimiento del corazón mujeril, el dramatista inglés creó caracteres individualistas y reales; mientras que Cervantes los idealizó de cierta manera, o nos presenta meros tipos, tal como los encontró en las fuentes. Pero las pocas mujeres de la clase baja que encontramos en sus obras, ellas sí son de carne y hueso, y están tan bien pintadas como cualquiera de las de Shakespeare.

Maritornes, en toda su fealdad y simplicidad, es una de sus mujeres más realistas. Sin duda el autor la creó tan fea para contrastarla con la bella princesa, hija del castellano, por quien Don

Quijote la tomó. Pues este capítulo es una crítica de las costumbres que prevalecían en los castillos. Don Quijote, después de la mala aventura de los arrieros, es llevado a una venta, que para él se transforma luego en castillo. La esposa e hija, y la criada Maritornes, salen a saludarlos, y ven tan mal herido a Don Quijote que lo llevan a un camaranchón y lo curan. El delirante caballero ve en ellas a las distinguidas damas del castillo, y las saluda cortésmente en una lengua tan extraña para ella, que "las entendían como si hablara en griego... y como no usadas a semejante lenguaje, mirábanle y admirábanse y parecíales otro hombre de los que se usaban, y agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron, y la asturiana Maritornes curó a Sancho, que no menos lo había menester que su amo".

Maritornes tiene un buen corazón, como se ve no sólo en esta ocasión, sino más tarde, en otro capítulo, cuando el pobre Sancho es tan cruelmente manteado y todos se ríen de él. Sólo ella demuestra compasión y le trae un jarro de agua fría del pozo para refrescarlo. Y cuando el fatigado Sancho se queja y le ruega darle un poco de vino, ella "lo hizo de muy buena voluntad, y lo pagó de su mismo dinero, porque en efecto se dice della, que aunque estaba en aquel trato, tenía unas sombras y dejos de cristiana".

Pero su buen corazón estaba alojado en un cuerpo feo; era "ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana; verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies a la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera".

A esa buena moza, pues, un arriero que dormía en el mismo camaranchón, había invitado a pasar la noche con él. Y cuando Maritornes entró, Don Quijote, quien no podía dormir, notando la sombra de una mujer en la puerta, se imaginó ver a la hija del castellano que venía a visitarle, y le tendió sus brazos. El conflicto que luego surgió en el corazón del gallardo caballero entre la fe que le debió a la sin par Dulcinea, y la atención que su cortesía le dictaba hacia la bella doncella, es sumamente cómico, pero no tiene nada que ver con el carácter de nuestra moza asturiana. Ella, medio cegatona, se dejó detener de los flacos brazos del caballero andante, pero luego, sin hablar palabra, procuraba desasirse.

Sigue la escena ruidosa y sumamente ridícula entre el celoso arriero, Don Quijote y Maritornes. Por fin la moza, "viendo que su amo venía, y que era de condición terrible, toda medrosica y alborotada se acogió a la cama de Sancho Panza, que aun dormía, y allí se acurrucó y se hizo un ovillo". Pero Sancho empezó a dar puñetazos a uno y a otro lado, y Maritornes, "sentida del dolor, echando a rodar la honestidad, dió el retorno a Sancho con tantas, que a su despecho le quitó el sueño; el cual viéndose tratar de aquella manera y sin saber de quién, alzándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo". Hasta que por fin "como suele decirse, el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, el ventero a la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo; y fué lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y como quedaron a oscuras, dábanse tan sin compasión todos a bulto, que a doquiera que ponían la mano no dejaban cosa sana".

Maritornes, con todo y sus relaciones amorosas con el arriero y su grosera pelea nocturna con los hombres, no parece ser una persona inmoral sino más bien amoral. Es una buena criada que está siempre lista para servir a todos, y lista también para holgarse cuando y como puede; ora con el arriero; ora escuchando a las famosas historias caballerescas, de las que dice: "... a buena fe que yo también gusto mucho de oir aquellas cosas, que son muy lindas, y más cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que los está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia, y con mucho sobresalto, digo que todo esto es cosa de mieles"; ora haciéndole, junto con la hija del ventero, una mala jugada al pobre de Don Quijote, a quien, atando cruelmente la muñeca del enamorado caballero con una lazada corrediza al cabestro de un alto agujero de pajar, y dejándole colgado toda la noche hasta que se quebró el lazo y él dió por la tierra. Ellas luego se habían ido muertas de risa, sin darse cuenta que el dolor hizo que el pobre caballero bramara como un toro.

Aquí tenemos a Maritornes con todas sus malas y buenas cualidades, una persona vulgar e inculta, pero hecha sumamente humana por el fino humor con que el autor la pinta. El bondadoso

corazón de Cervantes no puede ver nada de malicioso en la pobre moza, sino sonríe de su graciosa simplicidad.

Y esta sonrisa del genio hizo inmortal a la pobre tuerta; pues su nombre es ahora no solamente un apodo, sino más bien un vocablo que se encuentra en cada diccionario, queriendo decir: una fea y torpe criada para todo trabajo.

LA HIJA DEL VENTERO

Al lado de Maritornes, la hija del ventero parece una doncella retirada, tímida y muy aficionada a la lectura de los libros caballerescos. Es solamente con referencia a estos cuentos que vence su timidez, y se pone elocuente cuando el cura le pregunta cómo le parecen estas historias:

"No sé, señor, en mi ánimo", respondió ella; "también yo los escucho, y en verdad, que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oíllo: pero no gusto yo de los golpes de que ni padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasión que les tengo... Hay algunas señoras tan crueles que las llaman sus caballeros tigres y leones y otras mil inmundicias: y ¡Jesús! yo no sé qué gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar a un hombre honrado, le dejan que muera ó que se vuelva loco: yo no sé para qué en tanto melindre; si lo hacen de honrada, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa".

La dulce y compasiva niña vive todavía en un mundo enteramente imaginado; aun no ha topado con la cruel realidad de la cual su madre la cuida tan celosamente, que ya hasta estas palabras de su hija le parecen atrevidas: "Calla, niña", dijo la ventera, "parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien a doncellas saber ni hablar tanto".

Sin duda alguna, fué Maritornes la originadora de la burla que entre las dos hicieron a Don Quijote, aunque la curiosidad de la

niña no necesitaba mucha persuasión, y su fácilmente encendida imaginación la hizo jugar el papel de la enamorada doncella con éxito.

Es una jovencita tal como la podemos encontrar en cualquier país y en cualquiera época; tímida y soñadora; brotando, aunque no despertada. Pero le falta color a esta niña, a quien el autor le tenía tan poco interés que ni le dió nombre.

LA VENTERA

La ventera, aunque no pintada con tanto gusto como la robusta Maritornes, es un retrato vivo de la muy competente mujer del ventero. A fuerza aquellas mujeres habían de ser duras para poder tratar con la clase de gente que venía a la venta, y la descripción que Cervantes nos da de esta ventera lo indica; pues dice que ella era una excepción: "Tenía el ventero por mujer a una, no de la condición que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa y se dolía de las calamidades de sus prójimos; y así acudió luego a curar a Don Quijote".

Sin embargo, se pone enojadísima y suelta un verdadero chorro de palabras sobre el pobre Don Quijote cuando ve que éste en su locura ha horadado todos los cueros llenos de vino tinto:

"En mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieron visto, que tan caro me cuesta. La vez pasada se fué con el costo de una noche de cena, cama, paja y cebada par él y para su escudero, que mala ventura le dé Dios a él y a cuantos aventureros hay en el mundo, y que por esto no estaba obligado a pagar nada, y que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca: y ahora por su respeto vino estotro señor, y me lleva mi cola, y hámela vuelto con más de dos cuartillos de daño toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido, y por fin y remate de todo romperme mis cueros y derramarme mi vino que derramado le vea yo su sangre: pues no se piense, que por los huesos de mi padre, y por el siglo de mi madre si no me la han de pagar un cuarto

sobre otro; no me llamaría yo como me llamo, ni sería hija de quien soy".

Así debe haber conocido Cervantes a esas venteras, y bastante respeto les tenía. El sabía muy bien, que la única manera de calmarlas era darles dinero. En nuestra historia, es Cardenio el que lo arregla todo: "... pero quien más jubilaba y se contentaba era la ventera por la promesa que Cardenio y el cura le habían hecho de pagalla todos los daños é intereses que por cuenta de Don Quijote le hubiesen venido".

Maritornes, maltratada por la ruda vida, es bonaza y tiene una imaginación sentimental. La ventera, en cambio, es dura y materialista; pues aun en aquella época, en que todos estaban enloquecidos por su afición a los libros de caballería, ella ve sólo un mérito en la lectura de aquellos libros: "... porque nunca tengo buen rato en mi casa, sino aquel en que vos (su marido) estáis escuchando leer, que estáis tan embobado, que no os acordáis de reñir por entonces".

La persona, sin embargo, que parece estar riñendo constantemente con alguien, no es el ventero sino su mujer misma. Y ella es la única persona en toda la historia que no está interesada en los libros caballerescos. La realidad la preocupa demasiado y no le permite perder su tiempo en imaginaciones ociosas.

Shakespeare también ha creado algunas mujeres que, sin duda, son retratos de mesoneras que llegó a conocer; la más famosa de las cuales es Mrs. Quickly. Ella es la vivaracha huéspeda de Falstaff y de sus alegres compañeros, siempre presta para jugar una broma y para oír chistes; pero no menos exacta y puntual con su cuenta que la ventera del Quijote.

Su compañera, Dolly Tearsheet es otra ramera, y la alcahueta en "Medida por Medida" es de la misma clase. Los dos grandes conocedores de la humanidad no detestan ni a los más requemados caracteres. Los pintan tal como son, pero con aquel humorismo que nace de una profunda generosidad, un ardiente amor por todo lo humano, ya sea lo más bajo.

Maritornes no es inmoral, sino amoral. Las rameras sí se ríen de Don Quijote, pero lo ayudan cariñosamente cuando él nece-

sita de ellas. Mr. Quickly también tiene un buen corazón, a pesar de su mordaz lengua; pues cuando Falstaff, abandonado por su adorado príncipe, no puede pagar sus gastos, ella no lo echa fuera, sino atiende al moribundo caballero y lo cuida hasta su fin, llorando por su muerte. Aun de la chismosa y licenciosa alcahueta el bufón dice irónicamente que "ha servido a muchos".

La más ruin entre las mujeres del Quijote es la mentirosa que dió tan buena oportunidad al gobernador Sancho Panza para demostrar su maravilloso juicio. Ella no tiene ninguna buena cualidad que redima su requemadura: es vil, licenciosa, mentirosa, desvergonzada y egoísta, de manera que aun el bonachón de Sancho no puede hacer otra cosa que echarla afuera y desterrarla de su ínsula.

Y con todo y eso, el humor del autor sonríe aún sobre ella; pues es parte de la vida, y la vida es buena, a pesar de todo.

TERESA

La mujer de Sancho Panza, Teresa, es retratada con el mismo humor y la misma maestría que su marido. Pocas veces aparece en las páginas del libro, y sin embargo, su carácter está delineado con tal perfección que es tan real como el de Sancho mismo.

Ellos dos corresponden perfectamente el uno al otro, hablando el mismo idioma, es decir, usan las mismas frases populares y tienen un inagotable recurso de dichos, dando fielmente la interpretación de su propio mundo. Son simples rústicos, dotados de un buen sentido común. Pero, mientras que Sancho representa el vulgo al lado del idealista, vacilando constantemente entre el sagaz materialismo y la involuntaria admiración por la aristocracia del idealismo, Teresa simboliza el juicio práctico nada más.

"Salió Teresa Panza, hilando un copo de estopa, con una saya parda. Parecía, según era de corta, que se le había cortado por vergonzoso lugar, con un corpezuelo asimismo pardo y una camisa de pechos. No era muy vieja, aunque mostraba pasar de los cuarenta; pero fuerte, tiesa, nervuda y avellanada". Este es el retrato que Cervantes nos pinta de la buena esposa del famoso escudero. Se ve desde luego que no es ella mujer para ilusiones.

No está conforme con que su marido acompañe a Don Quijote, y en las dos salidas, Sancho tiene que marcharse de su casa tan secretamente como Don Quijote de la suya. Cuando vuelve por primera vez y ya se siente el futuro gobernador de la isla, Teresa no se puede entusiasmar de ninguna manera: "Eso no, marido mío", dijo Teresa, "viva la gallina aunque sea con su

pepita: vivid vos, y llévese el diablo cuantos gobiernos hay en el mundo; sin gobierno salisteis del vientre de vuestra madre, sin gobierno os iréis ú os llevarán a la sepultura cuando Dios fuere servido: como esos hay en el mundo, que viven sin gobierno, y no por eso dejan de vivir y de ser contados en el número de las gentes. La mejor salsa del mundo es el hambre, y como éste no falta a los pobres, siempre comen con gusto".

Es mujer sumamente práctica; por eso luego prevé la posibilidad de que su marido llegue a ser gobernador a pesar de todo, y así continúa: "Pero mirad, Sancho, si por ventura os viéredes con algún gobierno, no os olvidéis de mí y de vuestros hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razón que vaya a la escuela, si es que su tío el abad le ha de dejar hecho de la Iglesia. Mirad también que Marisancha, vuestra hija, no se morirá si la casamos que me va dando barruntos que desea tanto tener marido, como vos deseais veros con gobierno; y en fin, en fin mejor parece la hija mal casada que bién abarraganada".

Es buena madre, y el bienestar de sus hijos le preocupa mucho. Sin embargo, no abriga ese falso orgullo que Sancho tiene en común con muchos padres: de ver a sus hijos llegar a algo más alto de lo que es él mismo. Sancho, el futuro gobernador, quiere casar a su Marisancha "tan altamente que no la alcancen sino con llamarla señoría". A esta idea Teresa se opone tenazmente, y con muchos dichos le comprueba que su hija no pertenece "en esas cortes y en esos palacios grandes, adonde ni a ella la entiendan, ni ella se entienda".

¡Qué mujer excepcional es esta rústica madre! En su simplicidad toma eso del gobierno absolutamente en serio, pues su marido se lo dijo, y así ha de ser. Pero en lugar de enorgullecerse con la idea de ser la futura señora de gobernador, ella trata de disuadir a su marido, instintivamente sabiendo qué peligro correrá una vez que salga de su propio ambiente. También su amor maternal es basado enteramente en un juicio sano y carece de toda falsa ambición. Ella quiere ver a su hija feliz, y por eso la quiere casar con su igual, pues claramente ve que "sería gentil cosa casar a nuestra María con un condazo o con un caballerote, que cuando se le antojase la pusiese como nueva llamándola de villana, hija de destripaterrones y de las pelarruecas"; y muy juiciosamente

sigue con estas palabras: "No en mis días, marido, para eso por cierto he criado yo a mi hija: traed vos dineros Sancho, y el casarla dejadlo a mi cargo, que ahí está Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos, y sé que no mira de mal ojo a la muchacha; y con éste que es nuestro igual estará bien casada, y la tendremos siempre a nuestros ojos, y seremos todos unos, padres é hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendición de Dios entre todos nosotros".

Sancho se enoja mucho con esta oposición. El está loco por ver a su hija condesa, pero la madre insiste que "siempre, hermano, fuí amiga de la igualdad, y no puedo ver entoco sin fundamentos". Ni con grosería ni con grandilocuencia logra su marido convencerla, hasta que por fin se pone a llorar Teresa: "El día que yo la viere condesa, ese haré cuenta que la entierro: pero otra vez os digo que hagáis lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos las mujeres, de estar obedientes a sus maridos aunque sean unos perros". ¡Pobre Teresa!

Hablando de las mujeres que deben haber influído al gran novelista, el señor Rudoph Schevill en su biografía de Cervantes se refiere a la madre del autor de "Don Quijote", en conexión con estas últimas palabras de Teresa: Quizá ella también tuvo que sufrir mucho, oponiendo en balde su sentido práctico a las nociones pomposas y las ambiciones ridículas de su incapaz marido. Cierto es que Cervantes retrató el carácter de Teresa con gran cariño, y resultó uno de los más perfectos y más bienhadados. Aunque está delineado con fino humor, nunca le falta cierta dignidad. Ella es sumamente humana y tiene sus debilidades humanas, pero su juicio sano siempre la resguarda de lo ridículo.

Sancho se va en busca de su ínsula, y Teresa se queda atrás, cuidadosa de que su marido encuentre todo en buen estado a su regreso. El no la olvida tampoco, y cuando se le presenta la oportunidad de preguntar a un adivinador, tiene más interés en saber lo que está haciendo su mujer Teresa Panza, que en otra cosa. Queda muy contento cuando recibe la respuesta de que ella "está buena, y esta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino, y por más señas que tiene a su lado izquierdo un jarrón desbocado, que cabe un buen porqué de vino, con que se entretiene en su trabajo".

"Eso creo yo muy bien, dice Sancho, porque es ella una bienaventurada y a no ser celosa no la trocara yo por la giganta Andandona, que según mi señor, fué una mujer muy cabal y muy de pro; y es mi Teresa de aquellas que no se dejan mal pasar, aunque sea a costo de sus herederos". En un capítulo más adelante dice que quiere a su Teresa más que a las pestañas de sus ojos. Y cuando obliga al pobre Don Quijote a pagarle por el desencantamiento de su Dulcinea, disculpa su avaricia con "el amor de mis hijos y de mi mujer que me hace que me muestre interesado".

Con todo su juicio sano Teresa se había opuesto a la nebulosa idea del gobierno, pero cuando recibe la noticia de su maravillosa grandeza, olvida todos sus escrúpulos y se entrega de buena gana a la satisfacción de tener un marido gobernador. Su carta a Sancho Panza, su marido, es una obra magistral en lo que toca a la psicología femenina. Con deliciosa simplicidad describe su encanto:

"Tu carta recibí, Sancho mío de mi alma, y yo te prometo y juro como católica cristiana, que no faltaron dos dedos para volverme loca de contento. Mira, hermano, cuando yo llegé a oír que eres gobernador, me pensé allí caer muerta de puro gozo, ... El vestido que me enviaste tenía delante, y los corales que envió mi señora la duquesa al cuello, y las cartas en las manos, y el portador dellas allí presente, y con todo eso creía y pensaba que era todo sueño lo que veía y lo que tocaba; porque ¿quién podía pensar que un pastor de cabras había de venir a ser gobernador de ínsulas?"

Ahora sí, como ya no es noción ridícula, sino realidad el gobierno de la ínsula, Teresa tiene deseo de irse a la corte y de andar en coche. Con encantadora superioridad platica de la incredulidad del cura y del barbero, y da todos los pormenores del pueblo y de su casa con la ingenua precisión de la mujer inculta.

Cuando Sancho regresa al fin, trayendo "más semejanza de desgobernado que de gobernador", Teresa, sin embargo, se conforma fácilmente al oír que él no viene sin nada. El dinero, por lo menos, es cosa palpable, y eso del gobierno de la ínsula le había parecido de todos modos como un sueño. Y así, contenta de tener a su marido otra vez, Teresa se vuelve a sus quehaceres: —"Abra-

zó Sanchica a su padre, y preguntóle si traía algo, que le estaba esperando como el agua de mayo; y asiéndole de un lado del cinto, y su mujer de la mano, tirando su hija al rucio, se fueron a su casa".

Teresa es la más amable de todas las mujeres realistas de Cervantes, y sin duda lleva rasgos de la madre o de las hermanas del autor.

Las únicas mujeres de Shakespeare con que se puede comparar, son las Alegres Comadres; y aún cuando no son muy semejantes las inglesas y la española, se parecen en el fondo. Son inteligentes y hacendosas mujeres, cariñosas esposas sin la menor sentimentalidad, buenas madres que siempre tienen el bienestar de sus hijos presente, alegres y de buen corazón. Sobre todo: son sanas de cuerpo y de alma, gratas representantes de su sexo en cualquier país y en cualquiera época.

MARISANCHA O SANCHICA

Sancho es un padre orgulloso y habla cariñosamente de sus hijos: "Dos tengo yo, que se pueden presentar al papa en persona, especialmente una muchacha a quien crío para condesa, si Dios fuera servido, a pesar de su madre. Quince años tiene, dos más o menos; pero es tan grande como una lanza, y tan fresca como una mañana en abril, y tiene la fuerza de un ganapán".

Ya sabemos de la boca de su madre, que Marisancha desea "tanto tener marido como su padre desea verse con gobierno", y que Teresa ya ha escogido un marido para ella, con quien seguramente va a vivir muy contenta. Pues ella es una muchacha sana, alegre, llena de vitalidad, y además trabajadora. El paje que viene con las cartas de Sancho y de la duquesa, la encuentra lavando en un arroyo. Y en su carta Teresa le escribe a Sancho que "Sanchica hace puntas de randas, gana cada día ocho maravedís horros, que los va echando en una alcancía para ayuda a su ajuar".

No la podemos comparar de ninguna manera con la hija del ventero. Sanchica es mucho más viva y no tiene nada de soñadora. Es práctica como su madre y muy realista. Aunque tiene gran deseo de casarse, es muy niña, pues "saltando, corriendo y brincando" acompaña al paje a la casa de su madre.

Su amor filial es cariñoso y espontáneo. Al momento que oye que el paje tiene cartas de su padre, ella está encantada y corriendo lo acompaña a su casa, donde está "su madre con harta pena por no haber sabido muchos días ha de mi señor padre". Y antes de llegar a la casa grita en voz alta: "Salga, madre Teresa, salga,

salga, que viene aquí un señor que trae cartas y otras cosas de mi buen padre".

De los regalos que su padre y la duquesa mandan, es la sarta de corales lo que le encanta más que ninguna otra cosa a la muchacha, y presume desde luego que por lo menos la mitad ha de ser para ella. Y antes de darle de comer al paje y de poner en orden su caballo, ella tiene que asegurarse de esto: "Sí haré, madre', responde a las órdenes de Teresa, 'pero mire que me ha de dar la mitad desa sarta, que no tengo yo por tan boba a mi señora duquesa que se la había de enviar a ella todo". Y la cariñosa madre replica: "Todo es para ti, hija; pero déjamela traer algunos días al cuello, que verdaderamente parece que me alegra el corazón".

La deliciosa simplicidad de la madre está copiada fielmente en la hija. ¡Qué gusto les da a las dos tramar su gloriosa entrada a la corte en coche! Y tan poco tiempo hace que Teresa, muy decidida, le había dicho a Sancho: "Idos con vuestro Don Quijote a vuestras aventuras, y dejadnos a nosotros con nuestras malas venturas; que mi hija ni yo, por el siglo de mi madre, no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea".

Ahora sí, está ansiosa de irse, igual que su hija: "Y cómo, madre', dijo Sanchica, 'plugiese a Dios que fuese antes hoy que mañana, aunque dijesen los que me viesen ir sentada con mi señora madre en aquel coche: Mirad la tal por cual, hija de harto de ajos, y como va sentada y tendida en el coche como si fuera una papesa. Pero pisen ellos los lodos, y ándeme yo en mi coche levantados los pies del suelo. Mal año y mal mes para cuantos murmuradores hay en el mundo: ándeme yo caliente, y ríase la gente. Digo bien mi madre?" a lo que Teresa con sumo gusto replica: "Y cómo que dices bien, hija, y todas estas venturas y aún mayores me las tiene profetizadas mi buen Sancho".

Sin embargo, la alegre Sanchica casi quiere morirse de risa imaginándose a su padre en traje de cortesano: "Ay Dios mío, y qué será de ver a mi padre con pedorreras: ¿no es bueno sino que desde que nací tengo deseo de ver a mi padre con calzas atacadas?"

El sueño de ir en coche nunca se realizó, y Marisancha lo ha de haber olvidado tan pronto como su madre, sólo para recordarlo de ver en cuando como cosa sumamente divertida, al estar sentada enfrente de su casa, hilando, y vigilando el juego de sus robustos hijos.

MARCELA

Del largo número de mujeres ficticias en el "Don Quijote", Marcela es la primera. Es un carácter enteramente novelesco del tipo pastoral: una muchacha hermosa y rica que se viste de pastora, rodeada de pretendientes románticos, para los cuales ella siente solamente desdén. Suspiros, quejas, canciones, endechas y llantos no la pueden conmover. Es una segunda Galatea; aunque mucho más perfeccionada y desarrollada, pues Marcela ya es un carácter psicológico.

En las novelas y poesías bucólicas la pastora desdeñosa es como una hermosa estatua, figura central de la graciosa escena, una hipótesis alrededor de la cual todo lo demás se construye. La pastora Marcela, al contrario, con pasos resueltos sale de este dulce cuadro, y protesta.

Protesta contra el encerramiento usual de las doncellas bien nacidas: "Yo nací libre', dice, 'y para poder vivir libre, escogí la soledad de los campos". — Protesta contra los hombres enfadosos que no pueden dejar en paz a una muchacha. Ella "puesto que no huye ni esquiva la compañía y conversación de los pastores, y los trata cortés y amigablemente, en llegando a descubrirle su intención cualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa como la del matrimonio, los arroja de sí como con un trabuco". — Protesta contra las trabas del matrimonio: "Yo, como sabéis tengo riquezas propias, y no codicio las ajenas; tengo libre condición, y no gusto de sujetarme". — Protesta contra la falsa acusación de ser "fiero basilisco", cuya crueldad quitó la vida de Crisóstomo: "No vengo, oh Ambrosio, a ninguna cosa de las que has

dicho", responde Marcela al amigo del muerto, "si a volver por mí misma, y a dar a entender cuán fuera de razón van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Crisóstomo me culpan. ... El que me llama fiera y basilisco, déjeme como cosa perjudicial y mala; el que me llama ingrata, no me sirva; el que desconocida, no me conozca, quien cruel, no me siga: que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida, no los buscará, servirá, conocerá ni seguirá en ninguna manera". — Y finalmente protesta contra la idea de que una muchacha a fuerza tiene que amar, sólo por ser solicitada: "El cielo aún hasta ahora no ha querido que yo ame por destino; y el pensar que tengo que amar por elección, es excusado. ... El verdadero amor ha de ser voluntario y no forzoso".

He aquí un número de ideas sumamente modernas, a nuestro parecer. Marcela se manifiesta como feminista avanzada, y Don Quijote apasionadamente acude a su defensa.

Sin duda, por boca de esta moderna Artemisa, Cervantes critica las muchas novelas pastorales tan en boga en su época. En la "Galatea", él mismo había tratado de ceder al gusto literario, pero su juicio sano y su fino sentido de humor se rebelaron contra aquella manera artificial y superficial de retratar a una mujer. Y caballero andante que era, aquí levantó su pluma en defensa del ultrajado corazón de la mujer que se atreva a rechazar a sus pretendientes por falta de amor.

Varias veces, en el curso de la novela, Cervantes introduce cuentos pastorales o escenas de esta clase. Pero únicamente en el capítulo ya mencionado quiebra su lanza en defensa de la pastora desdeñosa. Las demás pastoras son tipos sin la menor pretensión de ser individuos.

La pastora Torralba —del cuento folklórico de Sancho—, desdeñó al pastor enamorado Lope Ruiz, hasta que el amor que él le tenía a ella, se volvió en desprecio y mala voluntad; y pronto "la Torralba, que se vió desdeñada de Lope, luego le quiso bien, más que nunca le había querido". A lo que Don Quijote observa: "Esa es natural condición de mujeres".

Las dos hermosísimas pastoras de la pastoril Arcadia, con las cuales Don Quijote tocó en su camino a Barcelona, son de muy di-

ferente clase. Son doncellas de familias principales que habían venido con su pariente "a holgar a este sitio, que es uno de los más agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia, vistiéndose las doncellas de zagalas, y los mancebos de pastores".

Esta escena nos recuerda los "Trabajos de Amor Perdidos" de Shakespeare, donde también unas damas de la corte se disfrazan de pastoras, para vivir en el campo. Estas pastoras shakespearianas tampoco tienen carácter individual. Son meras figuras en un juego gracioso —con la excepción de una: Rosalina, que ya tiene trazas de una personalidad—. Pero en otra comedia pastoral Shakespeare demuestra su superioridad sobre Cervantes en retratar mujeres. En "Como Gustéis", Rosalinda, la heroína, es una de las más graciosas y más armoniosas de todas sus creaciones. Comparándola con Marcela, vemos que Rosalinda es todo vida, acción, mavimiento, poesía, canto y sonrisa. Mientras que Marcela es sólo un ideal. Ella también es hermosa, y la fama "pregona que Marcela, aunque fuera de ser cruel y un poco arrogante y un mucho desdeñosa, la mesma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna".

En eso veremos, tal vez, una diferencia fundamental entre las mujeres cervantinas y las shakespearianas: aquéllas siempre son hermosas y virtuosas; éstas sin duda hermosas, pero en lo que toca a la virtud, o bien la toma por entendido, o no se preocupa de esto el autor. — Con la excepción de Hero en "Mucho Ruido y Pocas Nueces", Elena en "A Buen Fin No Hay Mal Principio", Isabela en "Medida Por Medida", y unas cuantas más, donde el argumento exije esta caracterización especial.

Lo que importa para Shakespeare es la hermosa vida ardiente y pulsante; lo que importa para Cervantes es la hermosa idea, la virtud.

DOROTEA

Dorotea es una de las más felices creaciones de Cervantes. En ella, el tipo convencional de la doncella hermosa y virtuosa, se mezcla armoniosamente con rasgos retratados de la vida, y con un ideal en el alma del autor.

Dorotea era la única hija de un rico labrador, vasallo del Duque Ricardo. Sus padres, aunque humildes en linaje y gente llana, se habían conservado sin mezcla de alguna raza malsonante, y eran cristianos viejos y rancios; por su riqueza iban poco a poco adquiriendo el nombre de hidalgos. Dorotea, la única heredera de toda esta riqueza, desde chica estaba enterada en todos los negocios de la hacienda, y en los ratos del día que le quedaban, se ocupaba con la aguja y la almohadilla, y con la rueca muchas veces. Su recreo era la lectura de algún libro devoto, o tocar una arpa, "porque la experiencia le mostraba que la música compone los ánimos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espíritu", y vivía en tal encerramiento "que al de un monasterio pudiera compararse, sin ser vista de otra persona alguna que de los criados de casa, porque los días que iba a misa era tan de mañana, y tan acompañada de su madre recatada, que apenas veían sus ojos más tierra de aquella donde ella ponía los pies".

Con todo y eso Don Fernando, hijo menor del duque, llegó a verla un día, y se enamoró tan apasionadamente de ella, que no descansó hasta que una noche, habiendo comprado a la criada, entró en el aposento de la doncella, y "con mil juramentos de hacerla su legítima esposa, la tomó en sus brazos, y ni sus lágrimas ni sus ruegos la podían salvar de la ciega pasión del caballero".

Don Fernando la abandona y se enamora con igual pasión de Luscinda, la novia de su mejor amigo, con quien piensa casarse. Dorotea, rabiosa de tal infamia, disfrazada como zagal, se encamina a pedirle cuentas al traidor, y se alegra con la noticia del interrumpido desposorio. Avergonzada de aparecer delante de sus buenos padres, huye hasta lo espeso de la montaña, donde, en defensa de su honor, tira a su criado en un derrumbadero, y más tarde, por la misma razón, tiene que huir de un ganadero a quien había servido de zagal.

Esta es la romántica historia de Dorotea, cuya hermosura es incomparable, según la descripción: ..."La blancura y belleza de los pies, de la pierna sin duda alguna de blanco alabastro parecía. Los luengos y rubios cabellos, que pudieron los del sol tenerlos envidia: no sólo le cubrieron las espaldas más toda en torno la escondieron debajo dellos, que si no eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecía: tales y tantos eran. ... Les sirvió de peine unas manos, que si los pies en el agua habían parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve".

Esta descripción nos parece exaltada y poco realista, pues ¿cómo pudiera ella haber conservado la blancura de sus pies y manos sirviendo de zagal a un ganadero? Pero corresponde, ciertamente, al ideal de la hermosura femenina de aquella época.

Hasta este punto, Dorotea no es más que una de las muchas doncellas sentimentales de los cuentos tan en boga entonces. Pero desde el momento que encuentra a Don Quijote y toma parte en la vida del caballero andante, el autor la inspira con su propio genio, y se vuelve una mujer llena de vida y alegría, dispuesta a ayudar donde pueda. Como la princesa Micomicona, implora a Don Quijote socorrerla. En este papel demuestra tanta inteligencia y discreción, tanta alegría mezclada con una dignidad natural, que Sancho se pone enteramente loco y ruega a su amo casarse con ella: "¿Es por dicha más hermosa mi señora Dulcinea? no por cierto, ni aún con la mitad; y aún estoy por decir que no llega a su zapato de la que está delante", dice a Don Quijote; de lo cual este se enoja sobre manera, hasta que la discreta Dorotea lo calma y a Sancho aconseja: "No digáis mal de aquella señora Toboso, a quien yo no conozco sino es para servirla".

Cuando ya todos están en la venta, y Don Fernando, disfrazado, llega con la pobre Luscinda, enferma y desmayada, Dorotea es la primera en ayudarle, movida por su natural compasión. Siempre está dispuesta a socorrer a todos los menesterosos, olvidando su pena por la ajena. Su sentido de humor la hace gozar de los disparates de Sancho, y de la simplicidad de la ventera y su hija; mientras que su afán de oír cuentos la hace olvidar el sueño. Pero cuando ella reconoce a Don Fernando, abrazando a Luscinda, su fuerza de ánimo la abandona, y como cualquier otra doncella enamorada: "arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luengo y tristísimo ¡ay! se dejó caer de espaldas desmayada".

Sin embargo, tiene un corazón valiente. Nunca, ni por un momento, ha pensado en morir por su amor engañado. ¡Al contrario! En el primer momento de su cólera pensaba en vengarse; pero al mínimo rayo de esperanza tiene fe en ganar otra vez el corazón de Don Fernando. Pues como mujer que es, su gran amor perdona la abominable conducta del galán. Y Don Fernando, en buena hora, entiende que este sublime amor vale más que todas las conquistas amorosas del mundo.

Llena de felicidad y gratitud, Dorotea no olvida a Don Quijote, sino con suma discreción le explica por qué tiene que cambiar de camino, añadiendo: "yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamás acertara a tener la ventura que tengo".

También con Zoraida demuestra compasión y discreción, además de su natural curiosidad, cuando a su llegada a la venta la saluda cariñosamente como a una hermana, y, tomándola por la mano, la lleva a sentarse junto a ella, venciendo así la timidez de la morisca. Mientras que a la joven Clara la trata como a una hermana menor, ganando la confianza y el cariño de la muchacha.

Entre todas estas mujeres reunidas en la venta, Dorotea se distingue por su ánimo, su discreción, su humor y su sentido práctico. Es tan real y tan amable, que en verdad es una mujer que recrea al corazón. Y de todas las mujeres cervantinas, es la que más nos hace pensar en una creación shakespeariana: precisamente en Beatriz, la encantadora heroina de "Mucho Ruido y Pocas Nueces".

Su alto espíritu, su ingenio, su alegría, su profunda compasión por su humillada prima, que no la deja descansar hasta verla rehabilitada en su honor; hace a Beatriz una verdadera hermana espiritual de Dorotea. E igual que Beatriz, inteligente y segura de sí misma se rebela contra la asumida superioridad de los hombres. Dorotea, con su orgullo típicamente español, no reconoce la superioridad social de Don Fernando, sino con las palabras "en tanto me estimo yo villana y labradora" insiste sencillamente en la igualdad sin considerar el linaje.

Son hermanas las dos en su fuerte voluntad, su fuego y su espíritu. Lo único en que Beatriz le gana a Dorotea es en el marido; pues mientras que Benedicto es el perfecto compañero para Beatriz, nuestro corazón se rebela al pensamiento de abandonar a la sincera Dorotea al inconstante Don Fernando.

LUSCINDA

Si Dorotea es la hermana espiritual de Beatriz, Luscinda ha de ser la de Hero, en la misma comedia; Hero, la gentil y obediente doncella, que sufre pacientemente todas las injurias que se le hacen, que responde a todos los insultos y calumnias sólo con suspiros y desmayos, que sabe sufrir, pero no obrar.

Luscinda es tan inerte como Hero. Cardenio la ama desde su niñez, y cuando tiene que salir fuera, el padre de Luscinda le promete que ella esperará su regreso, "y ella se lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos". Al verse obligada a casarse con Don Fernando, sin embargo, no se opone de ninguna manera. No tiene la fuerza de voluntad para matarse, como había intentado; sólo al momento de decir el "Si" cae desmayada, y así Don Fernando le encuentra en su seno el papel en que dice que ella no puede ser su esposa porque ya lo es de Cardenio.

La única vez que sale de su inercia es cuando huye al monasterio "con voluntad de quedarse en él toda la vida, si no la pudiese pasar con Cardenio". Pero en el momento en que se ve otra vez en poder de Don Fernando, pierde todos los sentidos, y con un profundo suspiro "dejó caer sus brazos como desmayada".

Hasta la descripción de su belleza es pasiva: "Cuando se le cayó el tafetán con que traía cubierto el rostro, descubrió una hermosura incomparable y un rostro milagroso, aunque descolorido y asombrado". También la representación de la belleza de Hero es más bien negativa. Benedicto dice de ella: "que si fuera otra de la que es, sería fea". Pero Claudio opina: "A mis ojos es la más encantadora dama que vi jamás".

Las dos, sin duda, sirven principalmente para dar más énfasis a los espléndidos caracteres de Dorotea y Beatriz; sirven de sombra, para hacer resaltar todavía más la perfección de estas simpáticas heroínas.

CLARA

Doña Clara de Viedma es la hija del oidor, en camino a las Indias: "al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que a todos puso en admiración su vista".

El exquisito carácter de esta amable doncella, está mostrado en la cándida confesión de su amor que le hace a Dorotea cuando esta la despierta para que oiga la mejor voz en el mundo: la de Don Luis, quien, enamorado de ella, la sigue en el camino, disfrazado como mozo de mulas.

"Este que canta, señora mía, es hijo de un caballero natural del reino de Aragón, señor de dos lugares, el cual vivía frontero de la casa de mi padre en la corte. Y aunque mi padre tenía las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosías en el verano, yo no sé lo que vió, ni sé si en la iglesia o en otra parte". Así se lo cuenta a Dorotea en su inocente, candorosa manera. Como ella no tenía madre en quien confiar, no sabía qué hacer y se enamoró del joven, "sin dalle otro favor sino era, cuando estaba mi padre fuera de la casa y el suyo también, el dejarme ver toda". Concluye su confesión con un suspiro: "No sé qué diablos ha sido esto, ni por dónde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha, y él tan muchacho, que en verdad que creo que somos de una edad misma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis años".

De su amor dice: "En mi vida le he hablado palabra, y con todo eso le quiero de manera que no he de poder vivir sin él".

¿Nos hacen pensar estos juveniles amantes en Julieta y Romeo? Son tan inocentes como ellos y tan perdidos en su primer amor. Pero Clara es muy diferente de Julieta, aquella niña de catorce años, que al momento de sentir el amor, se transforma en mujer dominada por una pasión ardiente y sublime. No existe otra ley para ella que la del amor, no existe otra vida, que la que incluye a Romeo.

Clara no es un carácter tan apasionado. Es tímida y dulce, y reconoce sin reserva la autoridad paternal: "Pues casarme yo a hurto de mi padre, no lo haré por cuanto hay en el mundo", dice. Por la misma razón teme que el padre de Luis Nunca permitirá la unión, "siendo tan principal y tan rico, que le parecerá que aún yo no puedo ser criada de su hijo, cuanto más esposa".

¡Qué tímida y temerosa es esta niña, comparada con la orgullosa Dorotea, quien, aunque de muy inferior clase que Clara, se siente igual al hijo del duque! ¡No! Clara no es comparable a Julieta, es más bien como la bella y gentil Viola, en la "Noche de Epifanía", quien, a pesar de su temor natural, sirve, disfrazada de paje, al Duque de Iliria, y sufre pacientemente por su profundo y suprimido amor, dejando el secreto roer el color de sus mejillas, como el gusano a una flor el capullo. Pero Viola vence su timidez cuando tiene que sostener toda clase de aventuras, encontrándose sóla y desamparada en tierra extraña. Clara, quizás, en caso de necesidad pudiera demostrar igual ánimo; pero ha vivido siempre protegida por el amor paternal.

Su dulzura, su pureza y su sencillez, su inocencia y su cándida confianza, hacen de esta amable niña uno de los más exquisitos caracteres cervantinos, recordándonos un poco de Miranda, la última creación femenina de Shakespeare.

Tal vez el mismo anhelo por la pureza, incorporado en una mujer moral, inspiró a los dos genios. ¿Quién sabe? Clara, sin duda, es la más sana, la más real de las dos; pues estamos seguros que una Clara puede existir aún hoy mismo. Una Miranda, sin embargo, solamente existe en el sueño.

CAMILA

La novela del "Curioso Impertinente" está llena de ideas filosóficas sobre el matrimonio y sobre la esposa perfecta. Es la historia de un recién casado, loco de amor, que se jacta de poseer una mujer hermosa y buena; un hombre quien expone a su inocente esposa a la solicitud fingida de su amigo, y quien pierde todo: su amor, su honor y su vida.

Es difícil para una mujer, leer esta novela sin hacerse inmediatamente ardiente paladín de la causa feminista. Pues, aunque para todas las mujeres cervantinas una de las principales calificaciones es el estar siempre encerradas y bien guardadas, en esta novela recibimos una impresión tan completa de cómo se consideraba a la mujer en la época de Cervantes, que no puede uno leer el cuento con objetividad.

El ejemplo de los moros había degradado a la mujer española al nivel de una posesión, cuidadosamente encerrada detrás de rejas. Era nada más un "animal imperfecto"', al cual el hombre tenía que guardar constantemente, y "no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes, porque quizá y aún sin quizá, no tiene tanta virtud y fuerza natural, que puede por sí misma tropellar y pasar por aquellos embarazos".

De la mujer casada dice: "El casado a quien el cielo ha concedido mujer hermosa, tanto cuidado ha de tener en ver qué amigos lleva a su casa, como en mirar con qué amigas su mujer conversa, porque lo que no se hace ni concierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas, ni estaciones (cosas que no

todas veces las han de negar los maridos a sus mujeres), se concierta y facilita en casa de la amiga o la parienta de quien más satisfacción se tiene".

No se consideraba a la mujer como un individuo igual a su cónyuge el hombre, sino como algo muy inferior a éste: Lotario, tratando de disuadir a su amigo de su loco proyecto, dice: "Mira amigo, que la mujer es animal imperfecto, y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y caiga, sino quitáselo y despejalle el camino de cualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra lijera a alcanzar la perfección que le falta, que consiste en el ser virtuosa".

Así es como pensaban de la mujer: ¡un animal imperfecto! Es un objeto de posesión nada más: "No hay joyas en el mundo que tanto valga como la mujer casta y honrada; es finísimo diamante; es como espejo de cristal luciente y claro. Hase de usar con la honesta mujer al estilo que con las reliquias, adorarlas y no tocarlas: hase de guardar y estimar la mujer buena, como se guarda y estima un hermoso jardín que está lleno de flores y rosas cuyo dueño no consiente que nadie le pasée ni manosée; basta que desde lejos y por entre las verjas de hierro gozen de su fragancia y hermosura".

Camila es hermosa, casta, honrada, prudente, honesta, retirada, desinteresada y discreta; en fin, tiene todos los más altos atributos que en aquella época podrían esperarse de una mujer. Pero le faltaba alma, y le falta razón. ¡Por ser mujer se le niega la razón! Se le niega la facultad de pensar y aún de sentir más cosas que la que su señor quiere que sienta. Pues sería peligroso que la mujer pensase independientemente, ya que sería sin duda para engañar a su esposo con otros amores.

Lotario defiende la causa de Camila: "¿Persuadir a una honesta? ¿ofrecer a una desinteresada? ¿servir a una prudente?... pues si tu sabes que tienes mujer retirada, honesta, desinteresada y prudente ¿qué buscas?... ¿qué mejores títulos piensas darle después de los que ahora tiene?"

Pero él no piensa en el sufrimiento que tal experimento causaría en el corazón de la mujer; piensa solamente en el honor de su amigo. La mujer no está representada psicológicamente, sino

sólo sirve de fondo pasivo sobre el cual debe comprobarse cierta teoría respecto al hombre.

En la primera parte de la novela, Camila es la esposa perfecta, de quien Lotario dice: "Buena es tu esposa Camila, quieta y sosegadamente la posees, nadie sobresalta tu gusto, sus pensamientos no salen de las paredes de su casa, tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos, y la melodía por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y con la del cielo".

Toda la segunda parte, en cambio, es una sátira del ángel caído: Camila se ha convertido en una mujer mentirosa y desvergonzada, que goza de las palabras livianas de la criada, y quien, con una frialdad asombrosa, inventa una verdadera comedia para quitarle sus sospechas al engañado esposo.

No se ve ningún desarrollo en su carácter. Resiste por algún tiempo la tentación, aunque debemos creer que no es tanto por su fuerza de carácter, sino por las precauciones que toma de nunca quedarse sola con Lotario. Sin embargo, cuando a pesar de todo cuidado se queda sola por primera vez con el amigo de su esposo, "la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta, que ponía freno a la lengua de Lotario". En la primera parte, pues, Camila es la perfecta casada, según el libro de Fray Luis de León; y la carta que ella escribe a su marido, indicando que el amigo "mira más por su gusto, que por lo que a vos os toca"; está dictada por la discreción y por la dignidad.

La rendición de Camila, sin embargo, no es de ninguna manera la escena dramática que era de esperarse, pues no indica nada de la lucha en el alma de la mujer, del gradual cambio de su amor. El autor lo explica sencillamente con que "no hay cosa que más presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas, que la misma vanidad puesta en las lenguas de la adulación". Además, "lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió y fingió Lotario con tantos sentimientos, que finalmente venció a la casta Camila, sin detenerse de llegar al vencimiento de todo trance y rigor".

Desde este momento, Camila está cambiada enteramente, y

no tiene ni remordimiento, ni vergüenza. Pero tampoco vemos, en su pasión por Lotario, una llama tan ardiente que consuma a todos los demás sentimientos en su corazón. En este caso hubiera roto con su falso esposo, hubiera abandonado todo por su amor. Sin embargo, no quiere perder su posición social ni sus posesiones. Sigue siendo la dulce esposa de su apasionado marido, con tan buen éxito, que este "se veía levantado a la más alta felicidad que acertara desearse, y quería que no fuesen otros sus entretenimientos, que el hacer versos en alabanza de Camila, que la hiciesen eterna en la memoria de los siglos venideros". Entre tanto siguen sus amores con Lotario, y los dos se ríen del bobo esposo e inventan modos de mantenerle en su creencia.

La poca fe que tiene Cervantes en la mujer, y la poca estima que le guarda respecto a su carácter, se demuestra también en su defensa de Camila, y en el hecho de que el castigo cae únicamente sobre Anselmo, el curioso impertinente. A Camila no la condena ni con una sola palabra; pues "¡es un animal imperfecto!" y por eso ¡no se le puede culpar de ninguna manera! El mismo no tiene a la mujer buena como muy diferente de la ramera, porque aún de la más casta cree ser de corte. Anselmo, en su loco deseo de ver a su adorada esposa tentada, y salir entera de la tentación, insiste en que su amigo tome el indigno papel de Tentador, y le aconseja cómo debe obrar para vencer a Camila, diciendo que "él le daría lugar y tiempo como a sus solas pudiese hablar a Camila y asimismo le daría dineros y joyas que darle y que ofrecerle".

Y cuando la perfecta casada se convierte en una muejer liviana, la perdona, porque "no estaba ella obligada de hacer milagros". Anselmo se muere de su deshonra; Lotario, lleno de remordimientos, va a la guerra. Pero Camila no conoce ni remordimientos ni tiene conciencia, se queda en el monasterio, esperando el regreso de su amado, y sólo cuando al fin recibe la noticia de su muerte, toma el velo y "acabó en breves días la vida a las rigurosas manos de tristezas y melancolías".

En sus "Pensamientos de Cervantes" Américo CASTRO dice que el tema de las mujeres como animales imperfectos, venía debatiéndose duramente el Renacimiento. Y cita la anotación de RODRIGUEZ MARIN, III, 27, que "ésta nada lisonjera calificación no es debida a Lotario ni a Cervantes". Pero Américo CASTRO sos-

tiene, que más adelante (I, 51) Cervantes mismo, y no un personaje, habla de "la natural inclinación de las mujeres, que, por la mayor parte, suele ser desatinada y mal compuesta". Y en muchas otras ocasiones da Cervantes esta misma opinión acerca de las mujeres. Una sola vez —con Marcela— defiende los derechos de la mujer. Pero esta es una excepción, la excepción que comprueba la regla.

Cervantes no tiene fe en la mujer; no la entiende. Nunca debe haber encontrado a una mujer que verdaderamente fuese digna de su confianza y de su profundo amor. Conocía solamente el amor apasionado, loco, que enciende la sangre y los celos, la adoración de la hermosura, y el amargo desengaño de la desilusión. Nunca conoció el dulce amor de una buena mujer, ni la amistad de mujeres brillantes e intelectuales tal como las que Shakespeare llegó a tratar.

En Imogena, la heroína de "Cimbelino", Shakespeare también trata de una mujer casada, bella y pura, cuyo marido, en un momento de locura, apuesta con unos amigos la integridad de su esposa y así la expone a la tentación de parte de ellos. Pero el gran dramaturgo inglés no trata el tema exclusivamente desde el punto de vista del hombre. Se interesa igualmente en la psicología de la mujer, como lo indican estas palabras al principio del drama: "¡Ay! ¡Pobre Princesa! Divina Imogena, ¡cuánto debes sufrir!"

El sufrimiento de Imogena está desarrollado en el drama, pero también su fuerza de carácter y su integridad quedan demostrados. Cuando Iachimo calumnia al esposo de Imogena para ganar su fin, ella, con férvido desprecio, contesta: "¡Atrás! Condeno mis oídos por haberte escuchado tanto tiempo. Si fueras un hombre de honor, me habrías hecho esta revelación con un fin virtuoso, no con el fin tan bajo como inconcebible que buscas. Calumnias a un caballero que se halla tan lejos de las acciones que le imputas tú del honor, y solicitas aquí una dama que os desdeña igualmente a ti y al diablo". Ni sus sufrimientos, ni las intrigas de la corte, la pueden persuadir a abandonar a su esposo. Su regia dignidad, su confiado amor, su gentileza en el sufrimiento y su perdón bondadoso, la hacen un carácter tan amable como admirable.

Hay otra comedia shakespeariana que tiene dos heroínas, mu-

jeres casadas, confrontadas por un pretendiente arrogante; son "las Alegres Comadres de Windsor". Estas esposas inglesas, al contrario de la costumbre española, tienen la completa confianza de sus maridos, y aun la joven y bella hija anda libre por donde quiere. Sanas de cuerpo y alma, vemos a estas dos regordetas y amables matronas sonreírse burlonamente de las cartas de amor de Falstaff, y decidirse hacerle un bromazo. Seguras de sí mismas, no tienen que preocuparse por un marido un poco celoso, ni por las indeseadas atenciones de un aristócrata degenerado, y dicen: "Hagamos la prueba de que nosotras alegres mujeres, podemos también ser honradas; sin obrar, aunque sabemos chancear y reír, que es refrán antiguo, pero verdadero: Hasta el cerdo se nutre de la hez".

Shakespeare en verdad, sí entiende a la mujer y la estima no solamente como objeto de amor y adoración sino como personalidad con todas sus faltas y virtudes. No solamente la pinta en su perfección sino también en el abismo de su perversidad, como lo vemos con Cresida, de quien exclama: "¡Oh Cresida! ¡Oh falsa Cresida! ¡Falsa, falsa, falsa! Que todas las mentiras sean puestas frente a tu nombre mancillado y parecerán gloriosas". Shakespeare conoce al carácter femenino en toda su altura y toda su bajeza y lo representa así, igual que al hombre, es decir, humano.

Cervantes, en cambio, nunca llega a entender a la mujer enteramente, nunca se eleva sobre la opinión general de su época, de que la mujer es "un animal imperfecto".

ZORAIDA

En su cuento autobiográfico del Cautivo, incluído en la primera parte del "Don Quijote", Cervantes nos representa una hermosísima mora, quien lo abandona todo, su casa, su patria y aun a su cariñoso padre, por causa de su fe.

Cuando era niña, una esclava cristiana le había enseñado en arábigo la fe cristiana, y después de su muerte se le había aparecido dos veces, diciéndole que fuese a tierra cristiana a ver a "Lela Marién (nombre arábigo de la Virgen), que la quería mucho. Esta orden mística tomó posesión del corazón de la moza de tal manera, que desde entonces vivía únicamente con una idea: escaparse a España para abrazar la fe cristiana y dedicarse el resto de su vida a la adoración de la dulce Lela Marién.

Era la única y bien querida hija de un rico moro, quien la llamaba "la mayor y la mejor parte de su alma". Muchos de los virreyes la habían pedido por esposa. Pero ella no tenía ninguna ambición terrenal. Con un anhelo místico y abrasador, tal como lo encontramos sólo en la España de aquella época, se abandonó completamente a su amor espiritual.

Prudentemente observando a los cautivos encerrados en el patio debajo de su ventana, esperó largo tiempo hasta que por fin dió con uno que le parecía caballero y conveniente para su plan. Con gran sagacidad, mezclada con un candor y una confianza casi infantiles, organiza la huída, aprovechándose ampliamente de la riqueza de su padre. Adornada como riquísima novia, se enfrenta por primera vez con su cautivo: "La mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno" de la mora asombran al cautivo, quien más tarde les cuenta a los huéspedes en la venta:

"Más perlas pendían de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenía en la cabeza. En las gargantas de los pies, que descubiertas a su usanza traía, dos carcajes (que así se llamen las mantillas o ajorcas de los pies en morisco), de purísimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dijo después que su padre los estimaba en diez mil doblas, y las que traía en las muñecas de las manos valían otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarría de las moras es adornarse de ricas perlas y aljófas; y así hay más perlas y aljófas entre los moros, que entre todas las demás naciones, y el padre de Zoraida tenía fama de tener muchas y de las mejores que en Argel había, y de tener asimismo más de doscientos mil escudos españoles, de todo lo cual era señora Zoraida".

De este tesoro lleva tanto como puede cargar; sólo para dejarlo todo en las manos de unos corsarios franceses, llegando así, pobre y desamparada a la costa de España. Pero la felicidad de haber, por fin, logrado poner sus pies en tierra cristiana, le hace olvidar todo lo demás y la embellecen con un transporte tan espiritual, que todos los corazones y todas las puertas se abren para ayudarla. Dice el cautivo de la hermosura de Zoraida que:

"La cual en aquel instante y sazón estaba en su punto, ansí con el cansancio del camino, como con la alegría de verse ya en tierra de cristianos, sin sobresalto de perderse; y esto le había sacado al rostro tales colores, que si no es que la afición entonces me engañaba, osara decir que más hermosa criatura no había en el mundo, a lo menos que yo la hubiese visto".

Con infinita peciencia sufre ella todas las inconveniencias de la pobreza, guiada sólo por el anhelo de verse ya cristiana y poder servir más abandonadamente a su Lela Marién.

Un incidente en la historia de Zoraida, sin embargo, nos parece repugnante y de ninguna manera de acuerdo con su dulce carácter: Es su traición a la confianza y al gran amor de su anciano padre. Pues la escena en la cual el decepcionado padre descubre que ella está de acuerdo con los escapados cautivos, y ve el barco llevar a su hija para siempre, es la más emocionante y más dramática de toda la historia. Por un momento el desesperado padre la maldice, al otro se arranca la barba, se mesa sus cabellos y arras-

trándose por el suelo, ruega a su hija con las más tiernas palabras: "Vuelve, amada hija, vuelve a tierra, que todo te lo perdono; entrega a esos hombres ese dinero, que ya es suyo, y vuelve a consolar a este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dejará la vida si tú le dejas".

Pero Zoraida no vuelve; lo siente todo y llora mucho; pero no puede hacer otra cosa sino seguir la voz mística que la empuja a llevar a cabo esta obra que a ella le parece tan buena, como su padre amado la juzga mala.

El autor, sin duda, incluyó esta dramática escena, únicamente para acentuar todavía más la fuerza de la fe sembrada en el tierno corazón de la niña mora por una pobre esclava cristiana quien murió en el cautiverio; una fe que lleva a esta niña a los pies de la Virgen en la santa tierra de España, venciendo todos los obstáculos que se le oponen, y de los cuales el amor filial quizás es el más fuerte. No es que Zoraida olvide a su padre, o que ya no lo ame. Viendo a su padre preso, atadas las manos y puesto un pañizuelo en la boca, ella se cubre los ojos para no verlo y ruega a los cautivos darle libertad a él y a los otros moros; pero convenciéndose del peligro de tal acto, se satisface. Y, continúa el cautivo en su cuento: "Iba Zoraida, en tanto que se navegaba, puesta la cabeza entre mis manos por no ver a su padre, y sentía yo que iba llamando a Lela Marién que nos ayudase".

Ninguna de las mujeres shakespearianas se puede comparar con Zoraida, siendo ella un símbolo de la fe católica y del ardor místico de la España de la contrarreforma, que Cervantes presenta no sólo en esta mujer, sino más perfectamente todavía en el héroe de su inmortal novela, en el mismo Don Quijote. Zoraida es tan diferente de cualquiera heroína de Shakespeare, como Don Quijote es de Hamlet. Lo que importa para Cervantes más que ninguna otra cosa, es la fe; lo que importa para Shakespeare, es el problema.

En cierto modo sí podemos comparar a Zoraida con Isabela, la heroína de "Medida por Medida", pues ella es la única mujer shakespeariana, cautivada por la religión. Joven, virtuosa y bella, escoge la vida monacal y la sigue con vocación. Pero no es la fe que representa, tanto como la castidad. Esta hermosa no-

vicia es la personificación de la pureza dentro de una sociedad corrompida. Fuerte e inteligente, se puede proteger en medio de la corrupción. No tiene los rasgos de una mártir. Posee en alto grado el libre, claro y humilde, al mismo tiempo que arrogante, modo de ser de todas las mujeres de Shakespeare, listas siempre para afrontarse a lo que el destino les depare.

Ya se ve la completa diferencia entre las dos mujeres. Zoraida, a pesar de toda su sagacidad e inteligencia, demostrada en su hábil organización de la fuga, siempre es más bien pasiva que activa. Isabela, con todo y su timidez y recelo natural, una vez enfrentada con el peligro, se vuelve una indomable enemiga.

Zoraida representa la victoria de la fe sobre todos los demás sentimientos en un tierno corazón; Isabela, la victoria de la castidad sobre toda corrupción en el mundo.

Hay un rasgo de Zoraida que nos trae a la memoria otra mujer shakespeariana: el cruel abandono de su pobre padre. Jesica, en "El Mercader de Venecia", única hija de Shylock, su único amor y custodia de sus tesoros, también se escapa secretamente de la casa paterna para casarse con un cristiano. Pero con este hecho se acaba su semejanza con Zoraida. Jesica es una muchacha enteramente mundana, que cambia su fe por conveniencia y por el amor que le tiene a Lorenzo. Es el gusto a la vida y al placer lo que la hace abandonar el lúgubre hogar paternal. Para Zoraida, en cambio, el dejar su tierra, y principalmente a su querido padre, es un sacrificio únicamente aguantable por el sobrehumano amor que le tiene a su Lela Marién, la madre de Dios.

ANA FELIX

Ana Félix es otro tipo de mujer morisca, pero muy diferente de Zoraida. Es española de nacimiento y de fe cristiana, víctima de la ley de expulsión de todos los moriscos en España. Su motivo principal no es el amor espiritual de Zoraida, sino el amor por Don Gregorio, un apuesto mancebo, hijo mayorazgo de un caballero vecino de su padre.

Ana Félix es muy joven y muy hermosa, hija de un riquísimo y prudente morisco ya convertido al cristianismo. De su propia fe dice ella: "Mamé la fe católica en la leche; criéme con buenas costumbres; ni en la lengua ni en ellas jamás, a mi parecer, dí señales de ser morisca".

En ausencia de su padre, quien, prudente y prevenido, había salido en busca de otra tierra más favorable para los moriscos, la ley surte efecto, y Ana Félix es llevada con sus parientes a Berbería, secretamente acompañada por el enamorado mancebo Don Gregorio, quien apenas tiene diez y siete o diez y ocho años.

Esta heroína no es de una naturaleza tímida o inerte; tiene gran presencia de ánimo en caso de peligro, y sabe obrar cuando hay necesidad. Cuando el rey, habiendo oído de su gran hermosura y riqueza, la hace venir a la corte, ella hábilmente excita su codicia, distrayendo así su interés hacia su propia persona. Pero el mayor peligro aparece cuando uno de los cortesanos habla del gallardo y hermoso mancebo que la acompaña, Don Gaspar Gregorio, cuya belleza deja atrás las mayores que encarecerse puedan. Entonces ella se pone muy perturbada, sabiendo bien que "entre aque-

llos bárbaros turcos en más se tiene y estima un muchacho o mancebo hermoso, que una mujer por bellísima que sea".

Con astucia confía al rey, que este mancebo en realidad es una mujer, y recibe permiso para vestirlo como mujer, y, admirado de su gran belleza, el rey manda guardarla para hacer presente de 'ella' al gran señor.

Entre tanto, Ana Félix, disfrazada de hombre, es mandada a España en un bergantín, acompañada de dos turcos, un cristiano renegado y treinta remeros, para traer el tesoro que su padre había enterrado antes de salir del país. Por culpa de los dos turcos todos son apresados como corsarios, y están a punto de ser ahorcados, cuando se descubre su historia. Naturalmente Ana Félix encuentra a su padre, y Don Gaspar Gregorio es también librado de su indigna prisión, y todos son felices.

Lo interesante de este cuento es que todo depende aquí del ánimo y de la acción de esta joven y bella mujer. En este respecto podemos compararla con la famosa porcia en el "Mercader de Venecia". Ella también es joven, hermosa y rica, y aunque no tiene que salvar a su novio, la vida del amigo de su esposo sí se debe a su sagacidad e inteligencia. Ella también anda disfrazada de varón, un rasgo que los dos autores sin duda tomaron de las mismas fuentes italianas, y que se repite en varias de sus obras. Porcia, sin embargo, nos parece un carácter mucho más complejo, más perfecto y más brillante que Ana Félix. Lo que le falta a ésta es el delicioso humor de aquella: la alegría, combinada con la tranquila dignidad, de la rica señora acostumbrada a dar órdenes; la armonía, que en dulcísima melodía parece envolver a toda la comedia de Shakespeare; y las excelentes pruebas de un brillante ingenio, que demuestra Porcia en su célebre discurso.

A pesar de todo su valor y ánimo, la morisca es siempre la retirada mujer española, orgullosa de su vida encerrada y bien guardada; mientras que Porcia, aunque italiana según la comedia, es una libre mujer inglesa, cuya brillante educación la hace confiar en sí misma.

LEANDRA

La historia de la desdichada Leandra es la última incluída en la primera parte del "Don Quijote". Un cabrero la cuenta, pretendiente desengañado, y tan amargado, que ha perdido toda fe en la mujer.

Este cuento es medio realista, medio pastoral, pero, distinto al de Marcela, no dice nada en defensa de la mujer. Al contrario, la condena, como en el "Curioso Impertinente", tiene muchas observaciones generales sobre la mujer, y todas en desventaja de ésta.

El cabrero tiene una cabra favorita, que nunca se queda quieta, y dice él: "Más, ¿qué puede ser, sino que sois hembra, y no podéis estar sosegada?"; y más adelante: "Pues ella es hembra, como vos decís, ha de seguir su natural instinto.

De Leandra leemos: "Guardábala su padre y guardábase ella; que no hay candados, guardas ni cerraduras que mejor guarden a una doncella que las del recato propio".

Tocante al pecado de Leandra nos dice el autor por boca del cabrero: "Los pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa, a lo menos con aquellos que conocían su discreción y mucho entendimiento, no atribuyeron a ignorancia su pecado, sino a su desenvoltura y a la natural inclinación de las mujeres, que por la mayor parte suele ser desatinada y mal dispuesta".

Contando de los pastores enamorados y desengañados que llenaban los montes con sus quejas y suspiros, el cabrero continúa: "Yo sigo otro camino más fácil, y a mi parecer, el más acertado, que es decir mal de la ligereza de las mujeres, de su inconstancia,

de su doble trato, de sus promesas inciertas, de su fe corrompida, y finalmente, del poco discurso que tienen en saber colocar los pensamientos e intenciones que tienen; y esta fué la ocasión, señores, de las palabras y razones que dije a esta cabra cuando aquí llegé; qué por ser hembra, la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero".

Y ¿quien es esta pecadora Leandra, que tanta desdicha causó en los corazones de los cabreros? Es la hija de un labrador muy honrado y rico, doncella "de tan extremada hermosura, rara discreción, donaire y virtud, que el que la conocía y la miraba, se admiraba de ver las extremadas partes, con que el cielo y la naturaleza la habían enriquecido. Siendo niña fué hermosa, y siempre fué creciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fué hermosísima".

Indecisa todavía de cuál de sus muchos pretendientes debía escoger para esposo, le sucede la desgracia de enamorarse apasionadamente de un haragán, un soldado fanfarrón. "Enamoróla el oropel de sus vistosos trajes, encantáronla sus romances, llegaron a sus oídos las hazañas que él de sí mismo había referido". Por fin, las atracciones del romántico desconocido la hacen olvidar toda prudencia, y confiadamente se escapa con el seductor, llevando consigo todo lo que puede de la riqueza de su padre, para vivir como la admirada esposa del soldado en la rica y vistosa ciudad de Nápoles. Tres días después encuentran a la antojadiza Leandra en una cueva de un monte, casi desnuda y sin los muchos dineros y preciosísimas joyas que de su casa había sacado. El padre la lleva a encerrar en un monasterio, esperando que el tiempo gastase alguna parte de la mala opinión que su hija se había conquistado.

Lo mismo que en el caso de Camila, aquí también nada se dice acerca de los sentimientos de la mujer; se trata nada más de los efectos que sus acciones tienen sobre los hombres. Pues "la mujer es un animal imperfecto", y ¿cómo puede sufrir, si no tiene alma?

"Cuántas veces pasa en la vida, que una muchacha, fascinada por el engañoso esplendor de algún desconocido, abandona la monotonía de su vida retirada y cae víctima de un vil seductor! ¿Es acaso mala por esto? ¡No!, por cierto. Pero frecuentemente va a

terminar su vida como mala mujer, por culpa de la injusta condenación de sus prójimos.

¿Qué le sucederá a Leandra? No lo sabemos. ¡Ojalá se quede en el monasterio! Pues pasar la vida al lado de un marido que la desdeñe, que la tome sólo por su riqueza y su belleza, sería un castigo demasiado grande para la ligereza de su juventud.

Entre todas las mujeres shakespearianas no hay ni una que se pueda comparar con Leandra. Shakespeare no hubiera pasado en alto la oportunidad de crear un drama emocionante, analizando el carácter de la desdichada muchacha.

QUITERIA

Tal como Shakespeare nos da un retrato delicioso lleno de alegría de la popular fiesta del esquileo, fiesta de primavera en los campos ingleses, Cervantes pinta una fiesta de semejante regocijo en los campos españoles, en ocasión de la boda del rico Camacho y la hermosa Quiteria.

Una abundancia de flores, de cantos, danzas, máscaras y, sobre todo, de hermosas doncellas, dan la misma nota de alegría. Y el centro del encantador cuadro es, con Shakespeare, la hermosísima Perdita, y la bellísima Quiteria con Cervantes. En ambas escenas la alegría se convierte de repente en tragedia; en un caso por el furor del rey Políxenes, que amenaza a Perdita con la muerte si permite a Florizel verla otra vez; y en el otro por el aparente suicidio de Basilio, quien pide como último favor que Quiteria se case con él.

Las dos heroínas, sin embargo, no tienen otra cosa en común que su belleza, su juventud, y el bellísimo fondo de la alegre fiesta. Pues, mientras que Perdita es hija de reyes, destacándose de las demás muchachas por su natural dignidad, Quiteria es la hija de un labrador, demostrando más bien timidez y aún temor. Sólo al fin, cuando ve otra vez su amor amenazado, se levanta en su defensa con verdadera dignidad y resolución.

La descripción de la novia campesina en las rústicas palabras de Sancho Panza, forma un interesante contraste con el rico adorno de Zoraida, la novia mora:

"A buena fe que no viene vestida de labradora, sino de garri-

da palaciega. Pardiez que según diviso, que las patenas que había de traer son ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos; y montas, que la guarnición es de tiras de lienzo blanco, voto a mí que es de raso. Pues tomadme las manos adornadas con sortijas de azabache; no medre yo si no son anillos de oro y muy de oro, y emedrados con perlas blancas como una cuajada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. Oh, ... y qué cabellos que si no son postizos, no los he visto más luengos ni más rubios en toda mi vida! ... Juro en mi ánima que ella es una chapada moza, y que puede pasar por los bancos de Flandes".

Sin embargo, viene algo descolorida la hermosa Quiteria, y aunque el autor lo quiere explicar con la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el día venidero de su boda, la explicación más razonable es que se va a casar en contra de su voluntad, porque su padre la manda. Desde sus más tiernos años ella había dado su corazón a su vecino Basilio; y hasta se contaban por entretenimiento en el pueblo los amores de los niños Basilio y Quiteria, comparándolos con Píramo y Tisbe. Pero por su gran riqueza el padre dió la preferencia a Camacho.

Y ¿Quiteria? "No fué traza comunicada con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando della el mismo suceso que se había visto". Así dice el autor en el siguiente capítulo.

Entonces no es fingida la perplejidad y la tardanza de la novia, cuando todos, hasta el mismo Camacho, le ruegan que dé su mano al pobre moribundo, "y ella más dura que un mármol, y más sesga que una estatua, mostraba que ni sabía, ni podía, ni quería responder palabra".

Quizás las palabras del padre la habían persuadido, y las riquezas de Camacho la habían cegado de tal manera, que ya se había conformado. Y ahora, la inesperada aparición de Basilio, sus palabras, el estoque, la sangre y la última súplica del querido, la dejaron tan confusa que no podía ni moverse ni pensar. Pero al fin, "sin responder palabra alguna, turbada al parecer, triste y pesarosa llegó donde Basilio estaba, y puesta de rodillas, le pidió la mano por señas y no por palabras".

Cuando Basilio le ruega darle su mano sólo por su libre vo-

luntad y no forzada por las circunstancias, ella contesta: "Ninguna fuerza fuera bastante a torcer mi voluntad; y así con la más libre que tengo te doy la mano de legítima esposa, y recibo la tuya si es que me la das de tu libre albedrío, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto". Y cuando la herida de Basilio se revela como burla, y Basilio, una vez casado con ella, se levanta en pie, está dispuesta a confirmar su casamiento de nuevo, y muy contenta se va con su marido a su humilde casa.

Don Quijote felicita a Basilio y dice que "el pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener mujer hermosa, que cuando se la quitan, le quitan la honra y se la matan".—Esta es una repetición de la misma idea expresada en el "Curioso Impertinente", su falta de fe en la mujer. Dice que "la mujer hermosa y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles y palmas de vencimiento y triunfo"; y esta misma es probablemente la interpretación que da a la acción de Quiteria. A Basilio le aconseja "mirar más a la fama que a la hacienda, porque la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo: que mucho más dañan a las honras de las mujeres la desenvolturas y liebertades públicas, que las maldades secretas".

Camacho, en cambio, se conforma con la idea de que "si Quiteria quería bien a Basilio doncella, también le quisiera casada, y que debía dar gracias al cielo, más por habérsela quitado que por habérsela dado".

Así el autor nos da claramente a entender, que la hermosa Quiteria no tiene un carácter muy fuerte, y que el hombre que la tiene como esposa, tiene que guardarla bien.

DOÑA CRISTINA

Doña Cristina es la discreta esposa del señor Don Diego de Miranda, en cuya hospitalaria casa Don Quijote pasa tres días llenos de interesantísimas conversaciones. Doña Cristina no toma parte en la plática con palabra alguna. Pero su tranquila dignidad y su gran discreción se demuestran en su manera de saludar al extravagante caballero a quien su esposo trae de su viaje; pues "le recibió con muestras de mucho amor y de mucha cortesía, y Don Quijote se le ofreció con asaz de discretas y comedidas razones".

LA DUQUESA

Al contrario de Doña Cristina, quien se contenta con calladamente escuchar las interesantes pláticas entre su esposo e hijo y el ingenioso Hidalgo, la Duquesa es la figura central en la grandiosa casa de placer donde Don Quijote pasa largo tiempo, donde tiene raras aventuras que sostener, y de donde Sancho Panza sale para tomar posesión de su ínsula.

Joven, hermosa, rica, bien educada en todo lo que atañe a una señora de alto rango; excelente cazadora, y muy aficionada a los libros de caballería; adorada por su esposo, admirada y envidiada por sus dueñas y doncellas, que ora comparten en su alegría burlona, ora sienten la severa reprimenda de su señora; la duquesa se demuestra sumamente contenta de encontrar en persona al famoso caballero andante y a su gracioso escudero Sancho Panza, cuyas aventuras, registradas en el Primer Libro, tanto le habían encantado.

Con mucha crianza y cortesía —que impresiona tanto a Sancho— ella recibe al caballero de los Leones y le ruega concederles a ella y a su esposo el duque, el honor de pasar unos días en su casa. Pues además del gusto de conocer personalmente al famoso Don Quijote, le viene inmediatamente la idea de tratarle como a caballero andante, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de caballería.

Y así vemos un mundo lleno de alegría y risa, y desconcertante por sus muchos encantamientos y toda clase de aventuras, de lo cual el duque y su alegre esposa son los autores. Pero mientras que al duque la gustan las serias pláticas con el sabio caballero, la

duquesa prefiere la compañía de Sancho, cuyos graciosos dichos y cuentos le hacen morirse de risa. Completamente descuidada del mal gesto que pone su avinagrado eclesiástico, el gran sentido humorístico de la duquesa saborea cada palabra de Sancho.

Ella es la que persuade al duque darle una isla a Sancho para gobernar. Ella es la que escribe la amable carta a nuestra buena Teresa, haciéndola feliz sobremanera. Pero no es solamente bondad lo que demuestra, sino también cierta malicia, o por lo menos, una inadvertencia de las consecuencias que puedan tener las muchas burlas que le hace a Sancho, y principalmente de las que le hace al pobre de Don Quijote. Una vez, en medio de una de tales burlas, la gra nseñora olvida completamente su dignidad, convirtiéndose en furiosa gatita nada más: es cuanda ella y su doncella Altisidora, como dos niñas traviesas, tienta y sosiegadamente puestas junto a la puerta del aposento de Don Quijote, oyen la infame calumnia de Doña Rodríguez. Entonces, llenas de cólera y deseosas de venganza, entran de golpe al aposento, y acribillan a Don Quijote y vapulan a la dueña, de una manera increíble.

Su gusto de burlarse y divertirse no conoce límite. No se preocupa, ni un momento, por el sufrimiento que sus bromas pudiesen causar al burlado. Una vez los duques quedan pesarosos del mal resultado de su burla, cuando dejan al pobre caballero en tal estado que tiene que quedarse en cama por cinco días. Pero, como niños, lo olvidan luego, sólo para trazar otras burlas más. Son generosos con su dinero, sin embargo, pues cuando Don Quijote y su escudero se van para sostener más aventuras, el mayordomo, por orden de los duques, y sin hacerlo saber a Don Quijote, da un bolsico con doscientos escudos de oro a Sancho, para suplir los menesteres del camino.

En el retrato de la casa ducal con la alegre duquesa y sus muchas burlas al estilo de los libros caballerescos, Cervantes nos da una idea de la exuberante alegría del Renacimiento, que vemos también retratada en muchas comedias de Shakespeare, con todo su gusto en disfraz y mascarada; e, igual que Cervantes, Shakespeare siempre pone a una bella mujer en el centro de la alegría. Rosalinda trama toda la burla en "Como Gustéis"; Porcia y Nerissa se mofan de sus confusos esposos; y las alegres comadres casi perecen de risa ridiculizando a Falstaff.

Algo del mismo espíritu burlesco encontramos en una de las primeras comedias de Shakespeare, "Los Trabajos de Amor Perdidos". La princesa de Francia con sus cuatro doncellas trata de asaltar la fortaleza moral del rey Fernando y sus cuatro caballeros, y con muchas bromas y risas, sale extremadamente bien librada la princesa. Sin embargo, a pesar de estar siempre dispuesta a apreciar un buen chiste o una broma ingeniosa, es más reservada que la duquesa, y siempre consciente de su alto rango.

Lo que distingue a las bellas burlonas shakespearianas de la duquesa, es el hecho de que, mientras esta es sólo burlona, las graciosas mujeres de Shakespeare tienen otras cualidades y debilidades más, que las hacen parecer más humanas. Ellas son personalidades completas en sí mismas. La duquesa, en cambio, con todo y su amabilidad sirve principalmente para inicar todas las locas aventuras de Don Quijote, aventuras que de otra manera serían enteramente imposibles.

A la duquesa le falta corazón. Es fría, egoísta, y todas sus obras surgen únicamente de su egoístico deseo de divertirse y de reírse. Las bellas burlonas shakespearianas nunca regocijan a costillas de otros; se chancean con sus víctimas, sólo para recompensarlas luego con su generoso amor: Porcia y Nerissa atormentan a sus perplejos maridos con sus simulados celos, para contentarlos después, medio muertas de risa. Rosalinda, disfrazada como Ganymede se burla del enamorado Orlando sabiendo que tiene en su poder hacerlo el más feliz hombre del mundo al momento que ella quiera. Sólo las Alegres Comadres se ríen con malicia de las pelotadas que caen sobre la espalda de Falstaff. Pero él merece todo el castigo que recibe, además de la derrota que sufre en sus amorosos acometimientos.

DOÑA RODRIGUEZ

Entre los muchos caracteres cómicos en el "Don Quijote", Doña Rodríguez es, tal vez, el más cómico carácter femenino. En ella el autor ridiculiza a la dueña de una manera tal, que no le deja nada de bueno al tipo. Sancho, el cómico escudero, riñe con ella desde el momento que entra en el palacio de los duques; pues, remordiéndole la conciencia por haber dejado su jumento solo, se lo recomienda muy cortésmente a una reverenda dueña que está presente. Ella, sin embargo, lo toma por insulto, y nuestro buen Sancho entonces la insulta de veras, llamándola vieja.

Aquí vemos el gran contraste entre el ama y la dueña: la duquesa, desde el principio, queda encantada de Sancho y de sus gracias; la vemos casi siempre riéndose o buscando algo para burlarse. Doña Rodríguez nunca se ríe, ni lo sabe hacer, sino en malicia. Ella no tiene ningún sentido de humor, pero sí se estima mucho a sí misma, aunque es sumamente boba.

Sancho tiene muy mala opinión de todas las dueñas en general, y de Doña Rodríguez en particular, y relata de un boticario quien dijo "que donde interviniesen dueños no podía suceder cosa buena, ... pues todas las dueñas son enfadosas e impertinentes, de cualquiera cualidad y condición que sean".

Aún Don Quijote, el bueno, que nunca piensa mal de nadie, dice algunas cosas duras en relación con las dueñas. Es la noche que se abre la puerta de su aposento y la reverenda Doña Rodríguez entra para suplicarle vengar a su hija burlada. El caballero andante, perturbado por esta visita nocturna, y temiendo por su honestidad, trata de calmarse a sí mismo diciendo: "que no es po-

sible que una dueña toquiblanca, larga y antojuna pueda mover ni levantar pensamiento lascivo en el más desalmado pecho del mundo: por ventura ¿hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes? ¿Por ventura hay dueña en el orbe que deje de ser impertinente, fruncida y melindrosa? Afuera pues, caterva dueña seca, inútil para nigún humano regalo".

Y en el mismo capítulo dice el autor, que "todas las dueñas son amigas de saber, entender y oler; ... y que la general costumbre que todas las dueñas tienen es ser chismosas". Igualmente, cuando Sancho es abofeteado por seis dueñas, para de esta manera resucitar a Altisidora, él grita con gran disgusto: "que traen las manos oliendo a vinagre", lo que sin duda es también una alusión a todas las dueñas en general.

En fin, el autor mismo no demuestra ningún cariño por cualquier clase de dueña, y la apariencia jocosa de la Doña Dolorida es bastante prueba de esta. Esta dueña tenía que guardar a "la más discreta y más bella infanta del mundo, pero, rendida por las coplas amorosas de un caballero, entregó las llaves y la honestidad de la infanta; por lo que un poderoso encantador, el gigante Malambruno, la castigó con una larga barba: "barbas para las dueñas: después de haber exagerado nuestra culpa, y vituperado las concondiciones de las dueñas, sus malas mañas y peores trazas".

Doña Rodríguez sostiene en contra de todas estas acusaciones que "buenas o malas, barbadas o lampiñas que seamos las dueñas, también nos parieron nuestras madres como a las otras mujeres, pues Dios nos echó en el mundo, él sabe para qué, y a su misericordia me atengo".

Ella, en su simpleza, es la única persona en el palacio ducal que toma a Don Quijote en serio, y que toma todas las bromas de la duquesa por pura verdad, y así trata de aprovecharse de la influencia del caballero andante para lograr sus propios fines. Pero como en medio de sus lamentaciones no puede dejar de calumniar a sus amos, le viene el castigo, la primera vez, en forma de los terribles azotes en la oscuridad, y la segunda, al caer en una desgracia permanente, pues "ordenó la duquesa que de allí adelante no las tratasen como a sus criados, sino como a señoras aventureras,

que venían a pedir justicia a su casa; y así las dieron cuarto aparte, y las sirvieron como a forasteras".

Pero ella es, como los duques saben, "boba y de buena pasta", y ya que, a pesar de todas sus intrigas, no puede lograr que el hijo del rico labrador se case con su desflorada hija, se conforme con un lacayo, y "quedaron Doña Rodríguez y su hija contentísimas de ver que por una vía o por otra aquel caso había de parar en casamiento".

El tipo de dueña no existe en las obras de Shakespeare, pues es desconocido en los países nórdicos, donde la mujer, desde un principio, gozaba de más libertad. Sin embargo, hay uno que otro carácter que tiene mucho parecido con Doña Rodríguez y con la dueña Dolorida.

Ante todos, la nodriza de Julieta, un carácter de magnífico realismo, que ama a la dulce niña con mayor ternura que su propia madre. Igual que las dueñas españolas, ella se interesa mucho en arreglar enredos matrimoniales. En el Don Quijote leímos: "no, no, eso no, el matrimonio ha de ir adelante en cualquier negocio destos que por mí se tratare". Y la nodriza de Julieta olvida el bienestar de su adorada ama al primer indicio matrimonial. Ardientemente trata de persuadir a su joven ama de que acepte al Conde París, el elegido por sus padres, aun cuando Julieta todavía no ha despertado al amor. Con el mismo celo está dispuesta (sobre todo después de una buena propina) a ayudar y proteger a Julieta en sus encuentros secretos con Romeo, a pesar de que, un momento antes, lo había maldecido por la muerte de Teobaldo. Pero incapaz de cualquier profundo sentimiento, y siempre buscando el camino más fácil, aconseja a Julieta, después de su noche de bodas con Romeo, que lo olvide, ya que, como está desterrado, no podrá regresar de ninguna manera, y que lo mejor sería casarse con el conde. No entiende nada de la desesperación de la joven esposa. Es cínica y toma la vida como viene, aunque cuando ésta la azota con demasiada fuerza pide el consuelo del alcohol.

El amor que la nodriza tiene por Julieta, Doña Rodríguez lo tiene por su propia hija, de quien relata con lírico entusiasmo: "Creció mi hija y con ella todo el donaire del mundo: canta como una calandria, danza como el pensamiento, baila como una perdida,

lee y escribe como un maestro de escuela, y cuenta como un avariento".

Pero en la nodriza de Julieta se percibe cierta lealtad hacia su ama, mientras que Doña Rodríguez calumnia a la suya cuando puede, y no demuestra ningún cariño por ella. Todas las dueñas en el "Don Quijote" son fáciles de comprar, y lo que les da su única razón de ser, el guardar la virtud de sus amas, no lo toman en serio: la dueña Dolorida echa a perder esta virtud con entregar la llave, y Doña Rodríguez lo hace moralmente, con su calumnia de la duquesa.

Cervantes, con su sátira, quiere acabar con una institución inútil; Shakespeare, jocosamente nos presenta uno de los muchos tipos humanos con toda su debilidad, y nada más.

ALTISIDORA

En su gozoso plan de hacer a Don Quijote experimentar verdaderas aventuras tal como, según los libros de caballería, les sucedían a los caballeros andantes en los castillos que visitaban, la alegre duquesa no se olvida de la doncella enamorada que forma parte indispensable de las aventuras caballerescas.

La joven y hermosa Altisidora toma este papel con más gusto que éxito, pues logra hacer a Don Quijote sufrir sin hacerle rendirse ni siquiera en el pensamiento. El gallardo caballero teme por su honestidad tan tenazmente asaltada por la audaz doncella; pero su firmeza queda íntegra y su cuerpo y su alma siguen perteneciéndole sólo a la sin par Dulcinea. Todos los esfuerzos de la enamorada doncella no producen más que un profundo suspiro en el caballero: —"¡Qué tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire, que de mí no se enamore!"

La imaginada aventura del Primer Libro con Maritornes se repite aquí en broma, pero con una doncella realmente hermosa, y sin duda mucho más porfiada que la apestosa criada de la venta. La hermosura de Altisidora es tal que "hermosea a la misma muerte", cuando en una de las burlas aparece como cadáver, yaciendo encima de un túmulo alumbrado de quinientos luminarios y velas de cera blanca. Su desenvoltura la hace peligrosa para el más leal caballero, pues siguiendo el humor de sus señores, lleva su papel a tal extremo que ella misma se siente ofendida por la indiferencia del caballero, y le dice de veras lo que piensa de él.

El carácter de Altisidora está muy bien desarrollado: el en-

tusiasmo con que la joven, bien versada en los libros de caballería, toma el papel de la doncella enamorada; la ligereza con que simula un desmayo en la presencia de Don Quijote, haciendo que su amiga le desabroche su pecho en frente de él, alabando su cuerpo sano, y la ira, ya medio real a causa de su ofendida vanidad, con que le habla al amolado caballero mientras sus blanquísimas manos le ponen unas vendas, pues él ha contestado a su enamorado canto con unas coplas sumamente moralistas. La chismosa de Doña Rodríguez que dice que: "esta Altisidorilla tiene más de presunción que de hermosura, y más de desenvoltura que de recogida: además que no está muy sana, que tiene un cierto aliento cansado, que no hay sufrir el estar junto a ella un momento". El regocijo con que Altisidora le avisa a la duquesa de la nocturna visita de Doña Rodríguez, y la avidez con que las dos escuchan detrás de la puerta, le da un toque muy humano a este carácter, al mismo tiempo que nos demuestra la poca diferencia que existe entre ama y doncella.

Pero aun la duquesa se queda admirada de la desenvoltura de Altisidora, cuando, al partir Don Quijote, lo acusa de haberle robado tres tocadores y unas ligas de sus piernas; pues "aunque la tenía por atrevida, graciosa y desenvuelta, no en grado que se atreviera a semejantes desenvolturas.

Su vulgaridad también se demuestra, cuando, disfrazada como Dulcinea, "con una tiramira de malos nombres" regaña a Sancho por no querer sacrificarse, y, finalmente, en las palabras iracundas con que se despide del caballero invencible: "¿Pensáis por ventura, Don Vencido y Don Molido a palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que habéis visto esta noche ha sido fingido, que no soy mujer, que por semejantes camellos había de dejar que me doliese un negro de la uña, cuanto más morirme".

Tanto Don Quijote como Sancho le aconsejan a la duquesa poner a Altisidora a trabajar, pues "todo el mal desta doncella nace de la ociosidad, cuyo remedio es la ocupación honesta y continua...; y las doncellas ocupadas más ponen sus pensamientos en acabar sus tareas, que en pensar en sus amores".

Lo anterior es, sin duda, una opinión personal del autor mismo, así como de Fray Luis de León, quien en su "Perfecta Casada" ve en la ociosidad la raíz de todo mal.

Las únicas figuras femeninas de Shakespeare que se pueden comparar con Altisidora, son las doncellas de Cleopatra. Ellas también son bellas y frívolas, y siempre listas para burlarse. Sin embargo, con Shakespeare todas las sirvientes son caracteres sin independencia; sólo sirven para reflejar y acentuar lo característico de sus amas. Así lo vemos con las criadas y Cleopatra, con Nerisa y Porcia; son un eco, un reflejo de una personalidad más esplendorosa.

Altisidora, en cambio, no está en tan estrecha relación con la duquesa. Ella fué creada principalmente para satirizar las doncellas de los libros de caballería, y en este papel no tiene rival en las comedias de Shakespeare, pues es sin igual.

LA HIJA DE DIEGO DE LLANA

Muchas veces Cervantes da su opinión sobre la costumbre de encerrar a las doncellas. En el cuento de la hija de Diego de Llana nos da un patético ejemplo del encerramiento llevado al colmo.

Temprano enviudecido, Don Diego se encuentra con el problema de cuidar a una niña de seis años, y, no por falta de amor, sino por falta de entendimiento, la encierra desde entonces tan rigurosamente, que la pobre niña aun a la edad de diez y seis años nunca ha visto otra cosa que la casa paternal, el sol y la luna. Vive como una prisionera. El celoso padre tiene un rico oratorio en su casa, para que su hija no tenga que ir ni siquiera a misa, donde podría encontrar amigas y ver algo de la vida.

Le regala a la joven ricas telas y joyas, pero cruelmente le niega el elemento que es tan importante para la vida como el mismo aire: la libertad. Ella no sabe lo que son calles, ni plazas, ni templos. En las conversaciones entre su padre y Pedro Pérez Mazorca, oye de corridas de toros, de juegos de cañas y de comedias, y su hermano menor tiene que satisfacer la curiosidad de la doncella tal como puede con sus inadecuadas descripciones.

Por fin, no puede soportar más esta vida. Disfrazada de varón con los vestidos de su hermano, y éste como muchacha con los vestidos de ella, los dos salen secretamente una noche para ver el mundo, o, por lo menos, para ver las calles de su pueblo. Y mal les habría resultado, si hubieran caído en otras manos que las del buen Sancho, prudente gobernador de su ínsula.

El carácter de la inocente y hermosísima doncella está dibu-

jado con los más delicados colores. Su frágil hermosura, su timidez, su fácil perturbación, contrastan con su traje varonil, y nos hace pensar inmediatamente en la tierna Viola de la "Noche de Epifanía", en que Shakespeare creó su doble. Los argumentos del cuento y de la comedia son muy distintos. Viola nunca llevó una vida tan encerrada como la doncella española, y no es la curiosidad la que la persuade a vestirse como paje, sino la necesidad. Pero el carácter de las dos niñas es el mismo, y el fundamental atractivo de ambos retratos consiste en el delicioso contraste del traje varonil con la fragilidad femenina.

CLAUDIA JERONIMA

Claudia Jerónima es otra mujer, y la última en el Don Quijote, que aparece en traje de hombre. Pero ¡cuán diferente es ella a la delicada hija de Don Diego! Ya la descripción del vestido indica la fundamental diferencia entre estas dos doncellas: La hija de Don Diego de Llanes en "una mujer de diez y seis o pocos más años, recogidos los cabellos con una redecilla de oro y seda verde, hermosa como mil perlas; venía con unas medias de seda encarnada, con ligas de tafetán blanco y repacejos de oro y aljófar; los gregüescos eran verdes, de tela de oro, y una saltaembarca o ropilla de lo mismo, suelta, debajo de la cual traía un jubón de tela finísima de oro y blanco, y los zapatos eran blancos y de hombre; no traía espada ceñida, sino una riquísima daga, y en los dedos muchos y muy buenos anillos".

Claudia, en cambio, parece "un mancebo, al parecer de hasta veinte años, vestido de damasco verde, con pasamanos de oro, gregüescos y saltaembarca, con sombrero terciado a la walona, botas enceradas y justas, espuelas, daga y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos y dos pistolas a los lados".

Tan belicoso como su apariencia, es su carácter. Hija del amigo de un temible bandido, y novia del hijo de otro, su corazón apasionado está gobernado enteramente por sus emociones, haciéndola siempre obrar antes de considerar. Se enamora a hurto de su padre con el hijo de su peor enemigo y promete ser su esposa; pero a la primera nueva de su infidelidad, es sacudida de tan rabiosos celos, que, sin tratar de averiguar la noticia, monta su caballo, sigue al infeliz y lo mata con balazos de su escopeta y de

sus dos pistolas, sólo para descubrir demasiado tarde, que el hombre querido nunca había pensado casarse con otra más que ella. Entonces, con la misma violencia, cambian sus sentimientos, y se desmaya, llora, suspira, se queja y finalmente resuelve irse a un monasterio, en donde acabar su vida.

Este carácter impetuoso es, sin duda, retratado de la vida. Lo vemos en parte en la ofendida Dorotea, que también, disfrazada de hombre, le va a pedir cuentas a su infiel esposo. La temeraria Claudia, sin embargo, no piensa en pedir cuentas, sólo quiere venganza, y así lo destruye todo. Ella representa la ciega pasión de los celos en toda su fuerza destructora.

Entre las mujeres de Shakespeare encontramos también figuras celosas y figuras apasionadas. Pero ninguna se puede comparar con la rabiosa Claudia. La bestial Tamora mata como un tigre a sangre fría; la lúgubre Margarita de Anjou toma terrible venganza por la muerte de su amante; Lady Macbeth es dominada por otra pasión que la de los celos: es la ambición lo que la consume y la hace matar. La mujer celosa es solamente figura cómica con Shakespeare, como lo vemos con Adriana en "La Comedia de las Equivocaciones". Pero las ciegas y fatales fuerzas de los celos sólo las vemos representadas por Shakespeare en caracteres masculinos, sobre todo en el clásico ejemplo de Otelo.

CONCLUSION

El estudio de las mujeres de Cervantes y de Shakespeare no nos puede dar un completo concepto de las obras de estos dos autores, porque con ambos las mujeres representan un papel relativamente pequeño en el vasto mundo de sus creaciones. El carácter principal y más grande lo tiene siempre el hombre, con todos sus problemas y sus sufrimientos. Las mujeres solamente aparecen como caracteres complementarios, nunca por sí mismas.

Sin embargo, es un grato estudio comparar las mujeres de Shakespeare con las de Cervantes, pues nos da un interesante retrato de los dos genios, ya que podemos darnos cuenta del papel que las mujeres representaron en sus vidas.

Con la excepción de unas pocas figuras realistas, ni los caracteres de Shakespeare ni los de Cervantes son de su propia invención, sino tomados de fuentes italianas o locales. Pero el modo como desarrollan estos caracteres, y la opinión que se formen respecto del concepto general de su época sobre las mujeres, es lo que refleja su propia experiencia.

El "Don Quijote" es el producto de la sabiduría adquirida durante una larga vida, y las mujeres en esta novela representan, por lo tanto, la experiencia total que Cervantes ganó. Los dramas de Shakespeare, en cambio, se pueden estudiar cronológicamente, y de esta manera podemos ver el desarrollo progresivo del autor en sus relaciones con las mujeres que entraron en su vida.

En sus primeros dramas, la mujer todavía es un temible problema para el joven Shakespeare. Tamora, Juana de Arco, y Mar-

garita de Anjou son de una fuerza feroz, terrible, y al mismo tiempo espléndida. Catarina, la fierecilla domada, también es arrogante y de fuerte temperamento, y lucha como verdadera fiera contra su domador. La celosa e irascible Adriana atormenta mucho a su esposo con su mal genio; pero el amor que le tiene en el fondo de su corazón, ya es un rasgo que la hace aparecer un poco más humana. Y en la dulce y sumisa Luciana, su hermana, que ve al hombre como al dueño y señor de la Creación, vemos el ideal femenino del joven Shakespeare.

Rosalina, Julia y Silvia, mujeres de sus primeras comedias, ya están de cierta manera individualizadas; son tímidos retratos tomados de la realidad. Pero luego viene Julieta en el Cantar de los Cantares del amor juvenil. El amor había llegado a la vida del joven poeta; el amor con toda su gloria, con su suprema alegría y su amargo dolor. Porque este drama no es solamente un producto de la imaginación. Está tan profundamente sentido que parece haber sido escrito con la propia sangre del poeta. Es el amor ardiente, como sólo un joven apasionado puede sentirlo, y como sólo Shakespeare puede expresarlo.

Julieta, desde luego, es la única figura, entre todas las mujeres de Shakespeare, que representa el amor, y nada más que el amor. Todo su carácter, el desarrollo de su ardiente amor, su abandono, su miedo, su resolución, y finalmente su muerte, representan un tan delicado entendimiento del alma femenina, que sólo un profundo amor lo puede haber comprendido, y sólo un genio haberlo retratado.

Desde entonces, también las mujeres en sus dramas históricos son más humanas, y psicológicamente desarrolladas. Lady Percy, y las Alegres Comadres, son excelentes retratos realistas. Y el gran sentido de humor que demuestran, revela la misma alegría del autor.

El grupo de Beatriz y Hero, Rosalinda y Celia, Porcia, Nerisa y Jesica, Viola y Olivia, representan el apogeo de la felicidad de Shakespeare, la gran admiración que le tenía a las hermosas y brillantes damas de la alta sociedad que llegó a conocer íntimamente. La figura central de cada una de sus grandes comedias es siempre una de estas encantadoras mujeres, que con su gracia y serenidad

domina la obra, advierte todos los peligros o tendencias trágicas, y lleva las cosas a un término feliz. Beatriz, Rosalinda, y más todavía Porcia, representan la mujer ideal del Shakespeare de los treinta años: Una mujer joven, bella y rica, de genio alegre y juguetón, de la más refinada educación y de alta inteligencia, segura de sí misma, firme de voluntad, y nunca careciendo de recursos para advertir peligros. Pero ante todo es su cálido corazón lo que la hace irresistible.

En estas exuberantes comedias, los caracteres femeninos son superiores y más reales que los masculinos. Pero en las últimas de sus comedias, Shakespeare ya hace presentir la venidera tragedia. Elena, y la Condesa del Rosellón, son admirables retratos de dos mujeres que aman, la una apasionada y la otra maternalmente, al despreciable Conde Beltrán. Isabela, la heroína de "Medida por Medida" es como una blanca azucena en medio de un pantano de corrupción. Es la personificación misma de la castidad. Pero, igual que Elena, no tiene ninguna tendencia para ser un mártir, sino que puede defenderse y protegerse con sus propias fuerzas.

Las mujeres de las tragedias son caracteres tan perfectamente desarrollados como lo son los hombres. Es la personalidad lo que le interesa a Shakespeare, sin diferencia de sexo. El tema que, según Américo Castro, venía debatiéndose durante el Renacimiento de que "la mujer es animal imperfecto", fué dejado atrás por Shakespeare como tontería juvenil después de sus primeras comedias.

Pero luego debe haber entrado en su vida alguna mujer que lo sacudió con una fuerza tan elemental y pasional, que destruyó toda la armonía en el alma del poeta. Tenemos el retrato de esta mujer en Cleopatra; pues ella es tan perfecta, tan singular, tan fantásticamente vital, que no puede haber sido creada sin que el poeta haya conocido una criatura de este tipo. Tiene la gracia soberbia de una bella pantera. Sus modales, sus lágrimas, sus desmayos y sus violentas flamas de pasión, sus eternos coqueteos con el amor, todo esto la hacen sumamente seductora, y al mismo tiempo detestable. Es la dama oscura de los "Sonetos", que aprisionó al poeta con su poder y contra su clara razón, que lo hizo sufrir cruelmente y a quien él no podía dejar.

Cleopatra es magnífica en la grandeza de su pasión. Pero después viene la más ruin entre todas las mujeres creadas por Shakespeare. Es Cresida, una torcida caricatura de la dulce Julieta. ¡Cuánto debe haber sufrido Shakespeare, para llegar a tal amargura!

Al fin, sin embargo, el poeta llega a una hermosa resignación. En sus últimos dramas reina la paz y tranquilidad de un mundo irreal, que refleja la serenidad de su alma. Y los caracteres más adorables en estas comedias, son otra vez mujeres. Pero son diferentes de las heroínas de sus grandes comedias, pues todas ellas demuestran cierta tristeza. Son tan dulces y tan perfectas, que más bien son ilusiones que retratos: graciosos ensueños de envejecido autor. Son como doradas nubes en el cielo sereno después de la apasionada tempestad de la vida.

Pero aun ellas son caracteres psicológicamente desarrollados. El maravilloso conocimiento del alma femenina que Shakespeare adquirió con las experiencias de su vida, se demuestra también en estas fantasías. Y en Miranda, su última y más etérea creación, vemos el último ideal de Shakespeare; la personificación de lo que más ha llegado a apreciar en la mujer: la pureza, y un corazón compasivo.

La obra que pone a Cervantes al lado de Shakespeare, y entre los inmortales genios literarios, es el "Don Quijote", escrito a los cincuenta años. (A esta edad Shakespeare-Próspero ya había hundido su vara mágica en el fondo del mar, y había callado para siempre). La experiencia de toda una vida, por lo tanto, está contenida en esta obra, y las mujeres que pinta son reflejos de ello.

Como la cronología no es imperiosa, podemos comenzar por el fin, con el ensueño. Cervantes llega a la misma serenidad que su gran contemporáneo, pero mientras que las últimas creaciones femeninas de Shakespeare son como nubes doradas, Dulcinea se parece a una estrella luciente, que inspira a su contemplador con una mística fe. Dulcinea es omnipresente en la historia del ingenioso Hidalgo; ya existe desde antes de su primera salida, y está presente en la última hora del caballero, como un dulce secreto que el moribundo Quijote lleva consigo a la eternidad.

La ilusión tiene mucho más fuerza en el espíritu de Cervan-

tes porque, menos afortunado que Shakespeare, el alma femenina nunca se le reveló en toda su complejidad. Don Quijote nunca llegó a ver a su Dulcinea. Cervantes nunca gozó el amor abandonado y generoso de una verdadera mujer. Su nunca apaciguado anhelo convierte su amor en una mística fe en su ideal. Con tímida delicadeza evita pintar escenas amorosas. Su concepto del carácter femenino es siempre generoso, pero su entendimiento es incompleto, e influído por la opinión general de su época.

Sus mujeres realistas son excelentes retratos. Viven, respiran, hablan y se ríen como verdaderas personas. Teresa es la más perfecta de estas creaciones. Pero también el ama y la sobrina, las dos rameras, Maritornes, la ventera y su hija están pintadas con una maestría que las pone al lado de las figuras semejantes de Shakespeare. A esta clase de mujeres Cervantes las conocía bien. Quizás pintó algunos rasgos de su madre y de sus hermanas en la buena Teresa. La sobrina es probablemente parecida a la joven Catalina, con quien Cervantes se casó cuando tenía cuarenta años. El ama, tal vez, refleja el genio de su suegra; mientras que las rameras y mesoneras son figuras con que debió haber topado en todas las ventas que por quince años substituyeron a su hogar.

Cervantes, con su fina observación, no solamente ve lo superficial en estas mujeres, sino que mira al fondo de su corazón y las entiende tal como son. Nunca condena sus debilidades, aun cuando le hacen sufrir. Sonríe generosamente de sus faltas; pero a Teresa la admira en toda su simplicidad.

El primer grupo de sus mujeres fingidas: Dorotea, Lucinda, Zoraida, Clara y Camila, es como un ramo de preciosas flores. Están todas individualmente retratadas. El común ideal que representan es: Una mujer hermosa sobremanera, discreta, recatada, dulce y sumisa, orgullosa siempre del riguroso encerramiento que la protege contra las tentaciones del mundo . La castidad es su más preciosa posesión, y una vez casada, no conoce otra voluntad que la de su esposo.

Es el mismo ideal que Fray Luis de León pinta en su "Perfecta Casada", un ideal formado únicamente del deseo masculino, sin la menor consideración de la propia personalidad femenina.

Hay dos felices excepciones a esta regla en el "Don Quijote":

Dorotea, que toma su destino en sus propias manos y demuestra fuerza de voluntad, inteligencia y un fino sentido de humor. Y Marcela, que no quiere someterse a la voluntad del hombre, sino desdeña a todos sus pretendientes y prefiere la libertad. Todas las demás mujeres en el "Quijote", o se parecen al ideal, o yerran en contra de él, y son juzagadas según eso.

Luscinda, Clara, y la hija de Diego de Llana son dulces y sumisas. Zoraida es un delicado e idealizado recuerdo, un ensueño del cautiverio, y Ana Félix es otra variación del mismo tema.

Pero Camila y Leandra pecan contra el ideal de la mujer, y por eso sus historias, más que cualquiera de las otras, dan amplia oportunidad para estudiar la opinión que tiene el autor de las mujeres en general.

"¿Quién hay en el mundo que se puede alabar, que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condición mudable de una mujer?" Así exclama Cardenio, y Cervantes comprueba en el "Curioso Impertinente" que él ciertamente no ha llegado a penetrar el carácter femenino. Pinta a la heroína con todos los rasgos de su ideal, sólo para transformarla de un momento al otro en una persona abominable.

Su axioma respecto a la mujer es que "hase de guardar y estimar la mujer buena, como se guarda y estima un hermoso jardín, que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pasee ni manosee; basta que desde lejos y por entre las verjas de hierro gocen de su fragancia y hermosura".

Por eso todas sus mujeres decentes son cuidadosamente guardadas detrás de las verjas; aunque el autor mismo tiene que admitir que "no hay candados, guardas ni cerradura que mejor guarden a una doncella que las del recato propio". En el cuento de la hija de Diego de Llana critica el extremado encerramiento, y en varias otras ocasiones da prueba de la inutilidad de tal precaución. Una sola vez —por boca de Marcela— defiende el derecho de la mujer a la libertad. Pero ese ideal no parece propio de Cervantes, porque jamás vuelve a ser expresado.

Su propia opinión, en cambio, es que "es de vidrio la mujer; pero no se ha de probar si se puede o no quebrar"; y que "la bue-

na mujer es como espejo de cristal luciente y claro; pero está sujeto a empañarse y oscurecerse con cualquier aliento que le toque". El mismo ideal está expresado en su concepto de que "naturalmente tiene la mujer ingenio puesto para el bien y para el mal más que el varón".

Se ve que Cervantes no toma a la mujer por mala, sino solamente por flaca. No es menosprecio el que se demuestra en las siguientes palabras: "Mira, amigo, que la mujer es animal imperfecto, y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y caiga, sino quitárselo y despejalle el camino de cualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera a alcanzar la perfección que le falta, que consiste en el ser virtuosa".

Estas palabras son las más significativas de todo el "Don Quijote", respecto a las mujeres y a la influencia que tenían en la vida del autor.

¡Pobre Cervantes! ¡Era tan generoso, tan cariñoso! Y nunca experimentó otra cosa más que engaño en el amor. Amó a Ana Franca, la madre de su única hija. Pero Ana lo dejó por otro, y Cervantes se casó con doña Catalina. El engaño de la una, y la sobriedad de la otra, es todo lo que se sabe de las relaciones amorosas del autor. Pero de su opinión sobre la mujer en general, sabemos que nunca logró poseer el corazón de una mujer que verdaderamente le haya inspirado. Este amor lo anheló toda su vida, pero su triste experiencia sólo le confirmó lo irrealizable de su ideal.

Así se ve que —fuera de las mujeres realistas— sus caracteres femeninos son más bien ideas o ensueños que verdaderas representaciones de la vida. Y el ensueño más abstracto y más bello es la sin par Dulcinea.

CRITICA DE LAS MUJERES EN EL "DON QUIJOTE" COMPARADAS CON LAS MUJERES DE SHAKESPEARE

Señora Trinker:

He leído con verdadero placer su admirable tesis, comparando las mujeres de Cervantes con las de Shakespeare. Si le digo que he pasado ratos de verdadero deleite espiritual no miento. Nada hay que poner ni quitar en su trabajo. Es un estudio concienzudo y hecho a fondo, a que no está uno acostumbrado en este medio. Tengo que confesarle que yo no había leído, antes de ahora, cosa parecida sobre este tema. Cierto que mi conocimiento de la obra de Shakespeare es bastante superficial y no podría juzgar de la comparación; pero conozco bastante bien la de Cervantes y entiendo que el trabajo que usted ha hecho ha de servir de guía, sobre todo en ciertas ideas fundamentales, a los estudiosos. El príncipe de nuestros ingenios ha tenido en usted una intérprete admirable. Su estudio es completo. Claro que hay puntos más o menos fuertes, no más o menos débiles, porque todos los personajes que comprende, están vistos a la luz de una serena crítica. Lo que sucede es que en la obra cervantina tampoco están trazados todos con los mismos lineamientos; hay óleos acabados y simples bocetos, y estas diferencias de matiz han de notarse en un trabajo de la índole del suyo.

La introducción es magnífica. Ha sabido usted apreciar el momento culminante y situarse en la época de eclosión de ambas obras, así como apreciar las características distintivas de los dos genios, provenientes del medio en que hubieron de desarrollarse y

que a los dos sirvió de escuela y de universidad. Dos humanistas, metidos dentro del alma de la humanidad misma, que reflejan, aunque la humanidad sea idéntica, las variantes accidentales que a los humanos imprimen las condiciones sociales, regionales o espirituales en que se desenvuelven.

La idea luminosa que usted asienta respecto a la tragedia, es decir, a la falta de tragedia en nuestro Siglo de Oro, es tan interesante, que ha de llamar poderosamente la atención en el medio literario hispano. Yo, por lo menos, jamás leí ni oí nada a mis maestros tan racional y tan obvio. Para mí es ya inconcusa su afirmación.

Los caracteres femeninos que más me gustan en su estudio son: Dulcinea, colosalmente tratada. Nadie ha penetrado tan profundamente el sentido de esta mujer en la obra cervantina. Ama y sobrina, las rameras y Maritornes, en donde usted hace notar el bondadoso corazón de Cervantes, que ennoblece cuanto toca con su pluma, de la misma manera que Velázquez eleva con su pincel aun a los innobles bufones a quienes pinta con almas de caballeros, Teresa y Sanchica hondamente comprendidas.

En una palabra, señora Trinker, si hay defectos de interpretación yo no los encuentro, en cuyo caso el defecto será mío y no de usted. Al final parece como que va usted ya de pasada y con ganas de terminar. Esto es cierto, pero también lo es que todas estas mujeres pertenecen ya, en la obra cervantina, al conjunto, al fondo sobre el que aletea el espíritu de la obra inmortal. A pesar de todo destaca en ellas un rasgo, una característica, que usted ha sabido captar y apreciar.

Por lo demás, la obra de crítica es tan personal, que no hay posibilidad de corregirla, como no hay modo de injertar la manera de pensar de un hombre en la de otro. Puede estar tranquila, creo que no es fácil hallar, quien pueda enmendarle la plana.

Ahora hay que pensar en editar el trabajo. Es imprescindible el hacerlo, señora Trinker, los hombres de estudio han de agradecérselo. No puede quedar este esfuerzo relegado al olvido. Es una aportación inmensa a la interpretación cervantina, y hay que darla a conocer. Si las condiciones de la desgraciada España no fuesen tan críticas yo me encargaría de hacer llegar su trabajo

a donde debería llegar y le aseguro que los plácemes y los aplausos serían innumerables.

De su talento admirador y reconocido amigo,

(Firmado) *Amancio Bolaño.*

México, 5 de junio de 1938.

BIBLIOGRAFIA

CERVANTES: DonQuijote de la Mancha. (Edición conforme a la última corregida por la Academia Española, con la vida del autor y notas para la buena inteligencia del texto). 2 tomos. Biblioteca de Autores Célebres. París. Casa editorial Garnier Hermanos.

——. El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. (Con las mejores ilustraciones que se conocen). México, 1900. Talleres de Tipografía y Grabados de "El Mundo".

BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES: Tomo primero. Obras de Miguel Cervantes Saavedra. Madrid, 1846.

CERVANTES: Novelas Exemplares. Reimpresión topográfica de la Editorial Internacional. Berlín-Buenos Aires. Con 12 láminas del año 1730. Año 1613-1913.

RUDOLPH SCHEVIL: Cervantes. Duffield & Co. New York, 1919.

RAMIRO DE MAETZU: Don Quijote, Don Juan y la Celestina. Ensayos de Simpatía. Colección Contemporáneos. Calpe. Madrid, 1926.

BRUNO FRANK: Cervantes. Ein Roman. Querido Verlag. Amsterdam, 1934.

JUAN MILLE Y GIMENEZ: Sobre la génesis del Quijote. Cervantes, Lope, Góngora, el "Romancero general", el "Entremés de los Romances", etc. Casa Editorial Araluce. Barcelona.

FRAY LUIS DE LEON: La Perfecta Casada. Vol., 23 de: Las

Cien Mejores Obras de la Literatura Esp. Comp. Ibero-Americana de Publicaciones. Madrid-Buenos Aires.

D. L. J. VERDOLLIN: Manual de las mujeres. París-México. Librería de Ch. Bouret. 1881.

F. CLIMET TERRER: Enseñanzas del Quijote. Biblioteca Cultura y Civismo. Barcelona, 1916.

FRANCISCO A. DE ICAZA: El Quijote durante tres Siglos. Madrid, 1918.

AZORIN: La Ruta de Don Quijote. Edición El Renacimiento. Madrid, 1916.

MIGUEL DE UNAMUNO: Vida de Don Quijote y Sancho. Edición Renacimiento. Madrid.

FRANCISCO NAVARRO LEDESMA: El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra. Sucesos de su vida contados por... Madrid, 1903.

SADIE EDITH TRACHMAN; Ph. D.: Cervantes Women of Literary Tradition. Instituto de las Españas. En los Estados Unidos, 1932.

ANTONIO S. PEDREIRA: Aristas. Ensayos. Librería y Editorial Campos. San Juan de Puerto Rico, 1930.

LIBROS DE CABALLERIAS: Amadís de Gaula. Palmerín de Inglaterra. Biblioteca Literaria de Estudiantes XX. Madrid.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA: Una serie de conferencias sustentada durante la "Semana Cervantina" que organizó la Universidad Popular Mexicana. México, 1916.

CARMELA EULATE SANJURJO: La Mujer en la historia. Sevilla, 1915.

SALVADOR DE MADARIAGA:Guía del Lector del "Quijote". Ensayo Psicológico sobre el "Quijote". Madrid. Espasa-Calpe, S. A., 1926.

AMERICO CASTRO: El Pensamiento de Cervantes. Madrid, Edit. Hernando, S. A. 1925.

JOSEPH BICKERMANN: Don Quijote y Fausto. La Edición Especial traducida directamente del alemán con prólogo del P. Félix García.

The complete Works of WILLIAM SHAKESPEARE: (Obras Completas de GUILLERMO SHAKESPEARE) Walter J. Black, Inc. New York.

ANNA JAMESON: Shakespeare's Heroines. (Las heroinas de Shakespeare). Ernest Nister, Londres. E. P. Dutton, Nueva York, 1834.

GAMALIEL BRADFORD: Elisabethan Women (Mujeres Isabelinas). 1936. Houghton, Mifflin Co. The Riverside Press, Cambridge, Mass. E. U. A.

CHARLES & MARY LAMB: Tales from Shakespeare. (Cuentos de Shakespeare). Ginn & Co. Boston, Mass. E. U. A.

SHAKESPEARE, GUILLERMO: Enciclopedia Británica, 14ª Edición.

J. W. CUNLIFFE: Pictured Story of English Literatura. (Historia Ilustrada de la Literatura Inglesa) 1933. D. Appleton Century Co. Londres.

F. SEFTON-DELMER: English Literature (Literatura Inglesa). 1927. Weidman, Berlín.

Obras Completas de WILLIAM SHAKESPEARE: Traducción de LUIS ASTRANA MARIN. 1929. M. Aguilar, editor, Madrid.

JOSEPH GREGOR: Shakespeare. 1935. Phaidon-Verlag, Viena.

H. HEINE: Shakespeare Madchen und Frauen. (Doncellas y Mujeres de Shakespeare). 1839. Brockhaus & Avenaius, Leipzig.

CHRISTIAN GAEHDE: Shakespeare und seine Zeit. (Shakespeare y sus Tiempos) 1931. Hesse & Becker, Leipzig.

GUSTAVO RUMELIN: Shakespearestudien (Estudios sobre Shakespeare) 1874. J. G. Cotta, Stuttgart.

JULIUS BAB: Shakespeare, Wesen und Werke. (Shakespeare, espíritu y Obras). Union Deutsche Verlagsgesellschaft. Berlín & Leipzig, 1825.

FRIEDRICH BODENSTEDT: Shakespeare's Frauengestalten (Las Mujeres de Shakespeare) 1874. A. Hofmann & Co. Berlín.

Shakespeare-Jahrbuch, Band 70, 1934 (Anuario de Shakespeare, tomo 70, 1934). Bernhard Tauchnitz, Leipzig.

LEVIN L. SCHUCKING: Die Charakterprobleme bei Shakespeare (Los problemas de los caracteres en Shakespeare) 1919. Bernhard Tauchnitz, Leipzig.

FRIEDRICH GUNDOLF: Shakespeare, Der Dichter und sein Werk (Shakespeare, su espíritu y Obra). 2 tomos, 1928. George Bondi, Berlín.

MAX J. WOLF: Shakespeare, Der Dichter und seine Werke (Shakespeare, el Poeta y su Obra) 2 tomos, 1921. C. H. Beck, Munich.

GUSTAV LANDAUER: Shakespeare. 2 tomos, 1920. Rutten & Loening, Frankfurt s. Main.

INDICE

DE LOS CARACTERES DE SHAKESPEARE

	Páginas:
Lady Macbeth	11, 14, 15, 97
Porcia (esposa de Bruto)	14,
Ofelia	14, 28,
Cordelia	14
Desdémona	14
Cleopatra	14, 100,
Regania y Gonerila	14
Tamora	15, 97, 98,
Margarita de Anjou	15
Adriana	15, 33, 97, 99
Catarina	15, 99,
Miranda	15, 64, 100
Las Alegres Comadres	33, 51, 70, 99
Luciana	34, 99
Mrs. Quickly	45
Dolly Tearsheet	45
Rosalina	56, 99
Rosalinda	56, 85, 99, 100
Hero	56, 99
Isabela	56, 100
Beatriz	59, 60, 99, 100
Viola	64, 99

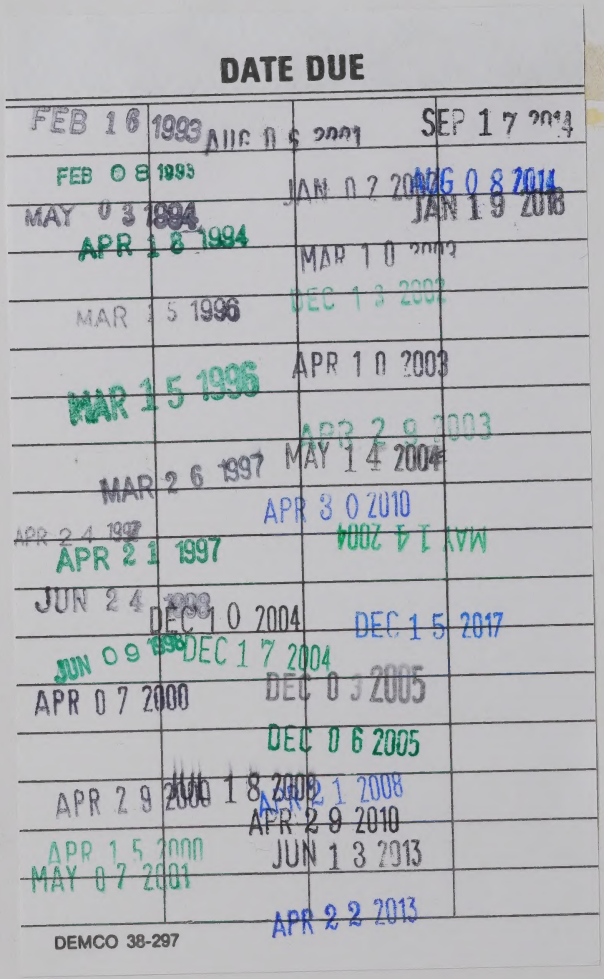
Páginas:

Julieta 64, 89, 99
Imogena 69
Cresida 70, 100
Jesica 74, 99
Porcia (en el Mercader de Venecia) . 76, 85, 99, 100
Perdita 80, 99
Nerissa 85
La Nodriza de Julieta 89
Juana de Arco 98
Julia, Silvia 99

SUMARIO

	Página
Introducción	5
Dulcinea	17
Ama y Sobrina	29
Las Rameras	35
Maritornes	38
La Hija del Ventero	42
La Ventera	44
Teresa	47
Marisancha o Sanchica	52
Marcela	54
Dorotea	57
Luscinda	61
Clara	63
Camila	65
Zoraida	71
Ana Félix	75
Leandra	77
Quiteria	80
La Duquesa	84
Doña Rodríguez	87
Altisidora	91
La Hija de Diego de Llana	94
Claudia Jerónima	96
Conclusión	98

LA IMPRESION DE ESTE LIBRO SE TERMINO EL DIA 12 DE NOVIEMBRE DE 1938, EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA, GUATEMALA 96, DE LA CIUDAD DE MEXICO. SE TIRARON 1,000 EJEMPLARES EN PAPEL BIBLIOS. SIENDO LA EDICION PATROCINADA GALANTEMENTE POR EL COLEGIO ALEMAN EN MEXICO.


DATE DUE
FEB 16 1993
FEB 08 1995
MAY 03 1994
APR 18 1994
MAR 15 1996
MAR 15 1996
MAR 26 1997
APR 24 1997
APR 21 1997
JUN 24 1998
JUN 09 1998
APR 07 2000
APR 29 2000
APR 15 2000
MAY 07 2001
AUG 05 2001
JAN 02 2002
MAR 10 2002
DEC 13 2002
APR 10 2003
APR 28 2003
MAY 14 2004
APR 30 2010
MAY 14 2004
DEC 10 2004
DEC 17 2004
DEC 03 2005
DEC 06 2005
JUL 18 2008
APR 21 2008
APR 29 2010
JUN 13 2013
APR 22 2013
SEP 17 2014
AUG 08 2014
JAN 19 2018
DEC 15 2017
DEMCO 38-297

3 1197 00035 7100